

J ESTUDIOS ALISCIENSE S

71

Febrero 2008

Arqueología de occidente

INTRODUCCIÓN

Juan Arturo Camacho Becerra

MARIE-ARETI HERS

*Tradicón huichola y arqueología en la
región de Huejuquilla, Jalisco*

PATRICIA CAROT

Otra visión de la historia purépecha

VERÓNICA HERNÁNDEZ DÍAZ

*Tumbas de tiro:
colección Museo Tlallan*

ERIC ORLANDO CACH AVENDAÑO

*Valle de Tequila: tiempo,
dioses y orden social*

71

J ESTUDIOS ALISCIENSES S

Revista trimestral de El Colegio de Jalisco

DIRECTOR:

Agustín Vaca García

EDITORES:

José María Muriá Rouret, Jaime Olveda Legaspi, Angélica Peregrina Vázquez

APOYO TÉCNICO: Imelda Gutiérrez

CONSEJO EDITORIAL

Juan Manuel Durán (Universidad de Guadalajara); Claudi Esteva Fabregat
(El Colegio de Jalisco); Enrique Florescano (CONACULTA);

Jean Franco (Universidad de Montpellier); Antoni Furió (Universidad de
Valencia); Maryse Gachie-Pineda (Universidad de Tours); Moisés González Navarro
(El Colegio de México); Salomé Marqués (Universidad de Girona);

Eugenia Meyer (Universidad Nacional
Autónoma de México); Pedro Tomé (CSIC-España)

COORDINADOR DE ESTE NÚMERO: Arturo Camacho Becerra

Febrero 2008

Arqueología de occidente

INTRODUCCIÓN

Juan Arturo Camacho Becerra 3

MARIE-ARETI HERS

*Tradición huichola y arqueología en la región
de Huejuquilla, Jalisco* 5

PATRICIA CAROT

Otra visión de la historia purépecha 26

VERÓNICA HERNÁNDEZ DÍAZ

*Tumbas de tiro:
colección Museo Tlallan* 41

ERIC ORLANDO CACH AVENDAÑO

*Valle de Tequila: tiempo,
dioses y orden social* 56

Asociados Numerarios de El Colegio de Jalisco:

- Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología
- Gobierno del Estado de Jalisco
- Universidad de Guadalajara
- Instituto Nacional de Antropología e Historia
- Ayuntamiento de Zapopan
- Ayuntamiento de Guadalajara
- El Colegio de México, A.C.
- El Colegio de Michoacán, A.C.
- Subsecretaría de Educación Superior-SEP

Estudios Jaliscienses

La responsabilidad de los artículos es estrictamente personal de los autores. Son ajenas a ella, en consecuencia, tanto la revista como la institución que la patrocina.



EL COLEGIO
de
JALISCO

El Colegio de Jalisco
5 de Mayo 321
45100 Zapopan, Jalisco
México
www.coljal.edu.mx

ISSN 1870-8331. Número de reserva 04-2006-072510563300-102 otorgado por el Instituto Nacional del Derecho de Autor.

Certificado de licitud de título No. 13623 y de licitud de contenido No. 11196, otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación.

Se terminó de imprimir el 30 de diciembre de 2007
en Grupo Gráfico Consultor, S.C.

Enrique Díaz de León No. 13, Col. Centro, CP 44200, Guadalajara, Jalisco.

Introducción

El occidente mexicano ha sido una región escasamente estudiada, tal vez por carecer de grandes desarrollos arquitectónicos. En comparación con los avances que se tienen en la investigación de otras culturas de Mesoamérica, se conoce poco de sus estructuras sociales y de sus manifestaciones culturales.

Por su abundancia y diversidad temática, la cerámica sigue siendo uno de los principales referentes culturales para su estudio y ubicación temporal. En años recientes, los principales trabajos para explicarnos los centros culturales del occidente mexicano han estado encaminados a encontrar relaciones con los patrones culturales de Mesoamérica, así como con las manifestaciones culturales de otros pueblos del norte de México.

Los artículos que presentamos en este número de *Estudios Jaliscienses*, tienen el objetivo principal de dar a conocer investigaciones actuales sobre el desarrollo de pueblos y culturas en los territorios de los hoy estados de Jalisco y Michoacán. Es el resultado de los trabajos que por años vienen desarrollando investigadores del Instituto de Investigaciones Estéticas y de la Universidad de Guadalajara y nos proporcionan diferentes perspectivas que en conjunto significan avances sustanciosos en los estudios del área.

Sus planteamientos son novedosos respecto de las formas en que se habían presentado los estudios arqueológicos. Marie-Areti Hers, con una experiencia de más de dos décadas en el estudio de la civilización desarrollada en el llamado cañón de Bolaños, nos da a conocer por qué Huejuquilla se convirtió en un lugar privilegiado de la sierra, así como las posibles relaciones entre los antiguos pueblos huicholes y los indios Hopi de Arizona. Este problema la lleva a identificar diferencias y similitudes entre los antiguos habitantes de Huejuquilla, llamados huistleños, y sus actuales habitantes, los huicholes. Hace también referencia a las relaciones regionales con Mesoamérica y La Quemada, evidentes en la cerámica, las formas arquitectónicas simples, ritos funerarios, así como en su iconografía de ideales guerreros. El artículo concluye que existen amplias afinidades entre las antiguas expresiones culturales de los huistleños y el pensamiento huichol actual, y reconoce su inserción en el mundo mesoamericano y en el de los indios Pueblo del suroeste de Estados Unidos.

El punto de vista que nos proporciona Verónica Hernández a partir de su análisis de la colección del Museo Tlallan, nos hace ver que la cerámica de las tumbas de tiro es el testimonio artístico más humano del pasado precolombino de México. La maestra Hernández señala cómo el gusto de los coleccionistas por piezas de gran tamaño, ha dejado de lado objetos como los que se localizan en el museo de Tala, en los que encuentra evidencias magistrales que nos revelan la sensibilidad, el modo de ver y conceptualizar el mundo, su transcurrir y la conciencia que tenían de sí mismos los habitantes de la región. Con el tratamiento estético de los objetos y esculturas que proceden de las tumbas de tiro, se avanza también más allá de lo descriptivo al encuentro de los valores artísticos de una cultura original.

Las nuevas teorías sobre los orígenes de Michoacán, de las que trata Patricia Carot, nos muestran así mismo las relaciones existentes con los pueblos mesoamericanos y del norte de México, y nos informa que los grupos que irrumpen en la región a partir del siglo IX y X no deben ser considerados como nómadas chichimecas sino como grupos de la misma cultura que regresan al lugar de salida de sus ancestros. Identifica esculturas en las que se mezclan divinidades mesoamericanas y otras que se relacionan con una tradición histórica de occidente. Observa también cómo en la última etapa, antes de la llegada de los españoles, los pueblos de Michoacán son hermanos del imperio mexica, adoptan a Chac Mool, el Tzompantli, los sacrificios humanos y el uso de arco y flecha.

Erich Cach, por su parte, nos entrega un ameno relato sobre la genealogía de Teuchitlán, en el que coincide con el resto de los autores en que las sociedades asentadas en el Valle de Tequila, adaptan a su economía local ideologías de corte mesoamericano que tienen expresiones específicas en la arquitectura y el arte, que se reflejan en el orden social, en el sistema de creencias y en el uso del tiempo y el espacio. Después de llevarnos por el llamado palacio del señor de Ocomo, concluye que esta fue una sociedad regional mesoamericana que durante su existencia se superpuso a otros grupos en el occidente de México.

Los textos ilustrados que aquí encontrarán, representan una síntesis de algunas líneas de investigación que sobre el tema y la región se realizan actualmente y van a contribuir para que tanto los especialistas como el público interesado en general tengan una visión alejada de las descripciones que antaño caracterizaron a este tipo de estudios, para invitarnos a profundizar en reflexiones sobre su estética, organización social y la vigencia de sus manifestaciones culturales.

Tradición huichola y arqueología en la región de Huejuquilla, Jalisco

Marie-Areti Hers
UNAM

Tradición histórica y arqueología

La vereda, interminable, serpentea y baja hacia Pochotita. Entre peñascos y pinares, los ranchos ocupan los breves descansos al borde de los precipicios. En la profundidad del cañón, brillan los meandros del Chapalagana. Estamos en tierras huicholas, en la comunidad de Santa Catarina, acompañando a una comitiva hopi de Arizona.¹ Los viajeros buscan comprobar su antigua tradición acerca del origen sureño de varios de sus clanes. Muy entrada la noche, al final de un largo intercambio entre los visitantes y la asamblea reunida, tomó la palabra Alfredo Ponciano, sabio *kawitero* de Tuapurie. Con gran acierto, sintetizó aspectos fundamentales de la historia antigua de la Sierra Madre Occidental que la arqueología poco a poco va develando. Mencionó específicamente la región colindante de Huejuquilla, probablemente porque sabía que entre los visitantes algunos de nosotros participamos en la creación y el cuidado de su museo comunitario *Tatuutsima*, pero también por el interés que habían expresado los viajeros hopis por encontrar los testimonios que pudieran haber dejado sus antepasados en sus antiguas migraciones: "los que vivían allá, en la región de Huejuquilla, eran nuestros vecinos, pero eran diferentes, porque nosotros venimos del mar. Ellos se fueron al norte, dejaron trazas de ello".

1. El presente trabajo se inscribe en el marco del proyecto *Las Vías del Noroeste* (CONACYT 40611-S, PAPIITIN 308602).

Por las reglas protocolarias que imperaban en la asamblea así como por los imponderables que marcaron el periplo de los viajeros hopis, no pudimos saber más sobre lo que sentenció nuestro huésped. Después, el diálogo entre huicholes y hopis se derivó sobre el tema del mar y cómo ambas comunidades reconocen proceder de ahí. Solamente se había entreabierto la puerta sobre un posible intercambio de ideas entre lo que se puede vislumbrar a partir de trabajos arqueológicos y lo que conserva la tradición *wixarika* sobre hechos ocurridos siglos atrás.

A pesar de la brevedad del testimonio, su importancia es innegable, tanto porque nos permite confrontarlo con las evidencias arqueológicas como porque son todavía tan pocas las posibilidades de diálogo entre estas dos vías de percibir el pasado. Por ello nos detendremos sobre la aseveración del sabio *kawitero* y la compararemos con lo que nos dice la arqueología.

El primer aspecto que toca el testimonio de Alfredo Ponciano es la variedad cultural adentro de la sierra: “eran nuestros vecinos, pero eran diferentes”. Ahora, como tiempo atrás, es notable la variedad que ostentan en sus lenguas y tradiciones los coras, huicholes, mexicaneros y tepehuanes que comparten el escarpado relieve de la cordillera, más allá de una evidente unidad fruto de siglos de vecindad. Por lo poco que sabemos de su historia, tal diversidad parece tener una gran profundidad histórica, originada tanto por las variaciones en el medio geográfico, como por el origen y el devenir de los diversos pueblos que poblaron la serranía, en cuyo centro particularmente escarpado se sitúa la comunidad de Santa Catarina.

Los antiguos vecinos de la comunidad de Santa Catarina

Al este del territorio huichol, corren la barranca y los profundos cañones del río Mezquitic-Bolaños en donde durante siglos floreció una cultura que participó

plenamente de la gran tradición de las Tumbas de Tiro del Occidente y su singular arquitectura de planta circular. Los trabajos arqueológicos realizados en las últimas décadas han documentado cómo los pobladores de esta cuenca mantuvieron estrechos lazos, al sur, con los pueblos que rodeaban el volcán de Tequila, pero también con los del altiplano nayarita. En particular, los maestros alfareros nos revelan en el estilo particular de sus obras, una marcada afinidad con el llamado estilo Lagunillas de Nayarit.² Además de los estrechos lazos con los pueblos del Occidente, los restos cerámicos atestiguan que los habitantes de esta cuenca del Mezquitic-Bolaños tuvieron, como era de esperarse, relaciones con los de las regiones colindantes donde floreció durante el primer milenio de la era la llamada cultura chalchihuiteña. Entre las diversas partes del territorio de dicha cultura, nos interesa en particular aquí, la región cercana de Huejuquilla en la cuenca del alto Chapalagana, aguas arriba de Pochotita.

El alto Chapalagana o Atenco

El largo curso del Atenco-Chapalagana se inicia relativamente cerca del poblado de Chalchihuites en el alto Suchil³ y después de recorrer más de cien kilómetros rumbo al sur, en el corazón del territorio huichol se une al río de Huajimic para conformar el Huaynamota, el cual a su vez fluye hacia el poniente y recibe las aguas del río cora de Jesús María antes de confluir en el Grande de Santiago. Los trabajos exploratorios de J. Charles Kelley sobre el Atenco en la cercanía de Jiménez del Teúl indicaron, como era de esperarse, una ocupación chalchihuiteña en esta parte intermedia entre lo que se ha llamado la rama Suchil de dicha cultura y la región de Huejuquilla.⁴ Las breves informaciones reunidas indican así una continuidad geográfica y cultural entre la región de Huejuquilla y las de Sombrerete y Chalchihuites.⁵ Por lo tanto, a pesar de que todavía no se disponen de informaciones arqueológicas para el propio territorio de la comunidad

2. Para la cuenca del Mezquitic-Bolaños, existen los amplios trabajos del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, citemos, por ejemplo, tres de María Teresa Cabrero, *Civilización en el Norte de México, Arqueología de la Cañada del río Bolaños, Zacatecas y Jalisco* (1989, Serie Antropológica, 103); Cabrero y Carlos López C. *Civilización en el Norte de México* (2002, vol. II); *El hombre y sus instrumentos en la cultura Bolaños* (2005). Trabajos que vinieron a completar los pioneros de Ales Hrdlicka: "The Region of the Ancient Chichimecs with Notes on the Tepecanos and the Ruin of La Quemada, México", *American Anthropologist*, vol. 5, núm. 3, 1903, pp. 385-440.
3. En la cuenca del alto Suchil, las corrientes de agua se dirigen hacia el norte hasta confluir en el valle de Nombre de Dios con el Tunal procedente del norte y formar el río Mezquitic-San Pedro, el único que cruza la Sierra Madre Occidental.
4. J. Charles Kelley (ed.). *Northern Frontier of Mesoamerica; First Annual Report (August 15, 1961-August 15, 1962)*. Carbondale, Illinois, February, 1963, pp. 3-4.
5. Ver, en particular, J. Charles Kelley. "Archaeology of the Northern Frontier: Zacatecas and Durango". Gordon F. Ekholm e Ignacio Bernal (eds.). *Archaeology of Northern Mesoamerica*, part 2. *Handbook of Middle American Indians*. Austin: University of Texas Press, vol. II, 1971, pp. 768-804.

de Santa Catarina, sabemos que antaño colindó con dos tradiciones bien diferenciadas, la de las Tumbas de Tiro del Occidente y la chalchihuiteña de la Mesoamérica septentrional. Examinaremos esta última, por ser a la cual hizo alusión nuestro interlocutor huichol.

Los vecinos del norte

La región de Huejuquilla ofrecía importantes ventajas a los habitantes mesoamericanos que la poblaron a lo largo del primer milenio de nuestra era. Resalta ante todo la notable variedad de los nichos ecológicos que se escalonan desde la amplia barranca del Chapalagana hasta las tierras altas que la bordean. Su relieve ofrecía también a los antiguos habitantes las defensas naturales que resultaron tan importantes para su seguridad. Finalmente, la región se encuentra en un cruce de caminos naturales. Por una parte, es una entrada a la sierra desde el altiplano al este, sin tener que cruzar ningún obstáculo mayor y, llegando a ella, se ha penetrado profundamente en el interior de la cordillera. Por la otra, la cuenca del Chapalagana conforma un eslabón importante del amplio corredor de la Sierra Madre Occidental que jugó un papel determinante en la expansión mesoamericana hacia el Norte.

El período mejor conocido de la ocupación de esta porción de la Sierra corresponde al primer milenio de nuestra era. Para las épocas más remotas, aún no se tienen datos, por la parquedad de los vestigios que pueden haber dejado poblaciones probablemente reducidas y dispersas. Para el largo periodo comprendido entre el siglo x y la creación de la Frontera de Colotlán a finales del xvi, también carecemos de evidencias arqueológicas. Solamente sabemos por documentos posteriores que entre los siglos x y finales del xvi llegaron a la región nuevos pobladores. Se trata de los zacatecos, que se encontraron en la barranca del río con el famoso capitán Miguel Caldera en su entrada a la sierra para preparar la llamada Paz Chichimeca.

Eran probablemente parientes de los zacatecos que, tiempo atrás, estaban instalados encima de las ruinas de La Quemada cuando llegó hasta ahí la temprana expedición de Nuño de Guzmán. Estos zacatecos, de tradición norteaña muy distinta a la mesoamericana, se habían instalado en el territorio abandonado por los chalchihuiteños en el siglo noveno. A invitación del capitán Miguel Caldera, los zacatecos de la barranca del Atenco-Chapalagana aceptaron aliarse a la corona española como flecheros, se congregaron y fundaron el poblado de Huejuquilla quedando bajo el mando directo de los tlaxcaltecas de Colotlán. Probablemente como una táctica para defender mejor su territorio poco poblado de los colonizadores españoles, cedieron una parte a los huicholes quienes fundaron así Tenzompa, San Cristóbal (mudado después a La Soledad) y San Nicolás.⁶ Tales asentamientos huicholes persistieron hasta la segunda mitad del siglo XIX cuando, después de la derrota de Manuel Lozada, los huicholes tuvieron que retirarse al sur, hacia Santa Catarina y San Andrés.

A todas luces, el testimonio de Alfredo Ponciano no se refiere a estos eventos de los últimos siglos, sino, como veremos, a tiempos más remotos aún, cuando efectivamente parte de los antiguos pobladores de la región de Huejuquilla se fueron para el norte y dejaron grabados en la roca en memoria de esto. Los aludidos parecen ser los que ocuparon la región durante el primer milenio. Les podemos dar tres denominaciones, aunque nunca sabremos cómo se llamaban a sí mismos. Por su cultura, como ya señalamos, podemos llamarlos chalchihuiteños y subrayar así las profundas similitudes que revelan los materiales arqueológicos con los pobladores de las otras partes del amplio territorio de esta cultura, como son por ejemplo los tipos cerámicos, las formas arquitectónicas más simples, los ritos funerarios, la iconografía y los ideales guerreros. También, de modo más preciso, podemos llamarlos huistleños a partir del nombre del sitio del Cerro del Huistle que fue excavado con amplitud y que constituyó en sus tiempos uno de los asentamientos

6. Para la visita en la región de Miguel Caldera y la fundación de Huejuquilla y Tenzompa, ver un amplio testimonio en AGN, *Provincias Internas*, 129, 2, 271-297. Para la Frontera de Colotlán, ver María del Carmen Velázquez. *Colotlán, doble frontera contra los bárbaros*. México: UNAM, 1961. Actualmente, la comunidad huichola de Haimasié es probablemente el remanente de esta presencia huichola durante la época colonial en la Sierra de Tenzompa al sur del municipio de Huejuquilla.

más importantes de la región. De esta manera, subrayaríamos sus peculiaridades como chalchihuiteños de una región serrana en donde el medio no propició los asentamientos grandes sino pequeñas aldeas de no más de dos hectáreas a lo sumo o simples rancherías de menos de una hectárea. Finalmente, también los podemos llamar, como a muchos otros pueblos chalchihuiteños, toltecas chichimecas porque se reconoce en su cultura un conjunto muy coherente de elementos del ámbito religioso, político y militar propio de los toltecas chichimecas cuando, según las fuentes históricas indígenas, como inmigrantes procedentes del norte, impusieron su poderío y fundaron la poderosa Tula. En esta perspectiva, podemos suponer que hablaban nahua y se emparentan de este modo con los actuales mexicaneros de la sierra sur de Durango o los cazcanes del sur de Zacatecas del siglo XVI.

Frontera geográfica y frontera cultural

Cuando, en los años setenta, se llevó a cabo una serie de recorridos de superficie en la región de Huejuquilla (ver figura 1),⁷ se tomó como límite natural al sur la masa del Afiladero que se yergue sobre la ribera derecha del Chapalagana. Encerrada entre el Afiladero y las estribaciones de la Sierra de Tenzompa, la amplia barranca se va cerrando y el río se hunde en las profundidades de un inhóspito cañón. Tal límite marcado por el relieve parece haber tenido relevancia desde tiempos remotos y corresponde actualmente al límite norte del núcleo del territorio tradicional huichol. Durante la bajada hacia Pochotita, se aprecia en el horizonte rumbo al norte, la alta silueta del Afiladero que se yergue como un vigía entre estos dos territorios: aguas arriba la ancha barranca del alto Chapalagana o Atenco, dominada actualmente por el poblado de Huejuquilla el Alto; aguas abajo, el estrecho y profundo cañón que separa las comunidades de Tuapurie (Santa

7. Trabajos realizados dentro del proyecto Sierra del Nayar de la Misión Arqueológica Belga. Ver Claudine Deltour-Lévie *et al.* *L'architecture des villages préhispaniques dans la Sierra del Nayar; prospections de la Mission Archéologique Belge au Mexique-Projet Sierra del Nayar*. Louvain-La-Neuve, 1993 (Publications d'Histoire de l'Art et d'Archéologie de l'Université Catholique de Louvain, LX); Marie-Arèti Hers. "Colonización mesoamericana y patrón de asentamiento en la Sierra Madre Occidental". Brigitte Boehm y Phil Weigand (eds.). *Origen y desarrollo de la civilización en el Occidente de México*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 1992, pp.103-136.

Catarina Cuexcomatitán) y de Tateikie (San Andrés Coamiata).

En la región de Huejuquilla se han hecho amplios trabajos arqueológicos vertidos recientemente en el museo comunitario *Tatuutsima*.⁸ Pero en tierras huicholas se cuenta, por ahora, solamente con exiguos trabajos de salvamento, aún inéditos, ligados a obras de infraestructura. Se desconoce por lo tanto la historia antigua del actual territorio huichol. Sin embargo, a juzgar por su relieve mucho más accidentado y por el testimonio ya referido, es de esperar encontrar diferencias entre los antiguos pobladores de la región de Huejuquilla y los que antecedieron a los actuales huicholes en el núcleo de su territorio tradicional. Este desconocimiento del pasado huichol se refiere, hay que subrayarlo, solamente en cuanto a la arqueología y al mundo exterior a los *wixaritari*. A juzgar por el testimonio ya referido de Alfredo Ponciano, es muy probable que la tradición huichola conserve mucho más ampliamente su propia visión del pasado histórico, pero hasta ahora esto no ha trascendido y no ha sido indagado en los estudios etnográficos.

Jugando a la pelota

Al acceder a la estrecha cumbre del Cerro Colomos, una alta bufa que se desprende del Afiladero hacia el río, se reconocen los vestigios de un asentamiento del primer milenio de nuestra era que, a pesar de su humilde apariencia ha de haber jugado un papel destacado en la historia antigua de la sierra. Su acceso, de por sí bastante abrupto, se ve dificultado por una serie de muros que otrora le daban al lugar su carácter de refugio temporal para los pobladores de los ranchos instalados en la falda norte de esta bufa, sobre una serie de terrazas artificiales, en el paraje del Rincón San Vicente. Tal refugio temporal contaba con unos cuantos pequeños cuartos distribuidos sobre los estrechos planos al borde del precipicio. Se reconocen en la superficie los cimientos de piedra pero, además, se distinguen los

8. Marie-Areti Hers. *Los toltecas en tierras chichimecas*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1989 (Cuadernos de Historia del Arte, 35); "La Sierra del Nayar en el contexto del Septentrión Mesoamericano". Martha Fernández y Louise Noëlle (eds.). *Estudios sobre Arte; sesenta años del Instituto de Investigaciones Estéticas*. México: UNAM, 1998, pp. 45-55; "El hombre y la montaña. Vivir en los confines septentrionales de Mesoamérica". *Historia de la vida cotidiana en México*. México: FCE-El Colegio de México, 2004, t. I, pp. 137-166.

9. Marie-Areti Hers. "Los objetos de cobre en la cultura Chalchihuites". José Guadalupe Victoria (coord.). *Un hombre, un destino y un lugar; homenaje a Federico Sescosse*. México: Gobierno del Estado de Zacatecas, 1990, pp. 45-60. Para una descripción detallada de esta ocupación antigua del Afiladero, ver Deltour *et al.*, *op. cit.*, pp. 209-314.

10. Curiosamente, no muy lejos al norte, sobre el límite entre Zacatecas y Jalisco, a proximidad del rancho del Carrizal, hace decenios, los rancheros aprovecharon el espacio plano de un asentamiento prehispánico para despejar el terreno y adaptarlo para rústicos encuentros interestatales de beisbol: ver Deltour *et al.*, *op. cit.*, p. 226.

restos de otra construcción. La parte más alta ha sido transformada en una explanada alargada sobre la cual corren paralelas las dos banquetas bajas y estrechas de una cancha de juego de pelota. Esta cumbre jugó así un papel estratégico pero fue también el lugar de encuentros de gran relevancia religiosa y política. Como lugar privilegiado de donde vigilar un amplio horizonte, protegió a los antiguos campesinos que cultivaban las tierras del flanco norte y, en la estación de secas, explotaban los placeres del río, aguas abajo, en el sitio de Socota para sacar probablemente el cobre nativo utilizado para hacer sonajas.⁹

Estos estrictos dispositivos defensivos son característicos de los asentamientos que florecieron durante el primer milenio de la era en la región de Huejuquilla y, en general, en el amplio territorio de la cultura chalchihuiteña de la cual formaba parte. Lo notable es la presencia de una cancha de juego de pelota en un lugar tan exiguo, rodeado casi completamente de precipicios, particularmente al sur donde la pared se eleva verticalmente sobre doscientos cincuenta metros. Se trata de un caso particularmente elocuente de la asociación entre esta práctica religiosa-deportiva y la actividad bélica. Es legítimo suponer que en ciertas circunstancias el azar del juego sustituía el incierto desenlace de la guerra. En un conjunto de grabados aguas arriba, los mismos antiguos pobladores de la región nos dejaron una imagen vívida de un encuentro de este tipo. Sabemos así que se trataba de equipos de dos personas cada uno, lo que va acorde con las dimensiones muy reducidas de la mayoría de las canchas chalchihuiteñas.

En el caso del Afiladero, no solamente la cancha se encuentra en un bastión natural fortificado sino que, como vimos, se ubica en el contacto entre dos zonas geográficas distintas que parecen haber correspondido en cierta manera a territorios de pueblos distintos. Los jugadores quizás pertenecían a estos grupos vecinos bien diferenciados como nos subrayó Alfredo Ponciano.¹⁰ (ver figura 2)

Diferencias y convergencias entre vecinos

Desde la cancha del Afiladero, se contempla el territorio de los wixaritari hacia el sur: “[Los de Huejuquilla] *eran nuestros vecinos pero eran diferentes*”, nos subrayó el sabio *kawitero*. Frente a la carencia de informaciones arqueológicas para el núcleo del territorio huichol, es difícil apreciar qué tanto se diferenciaban en la antigüedad los pobladores de estas dos regiones vecinas. Y esta diferenciación habría que ser matizada. Por una parte, es muy posible que en el territorio de los huicholes, mucho más abrupto que el de Huejuquilla, el patrón de asentamiento y, en general, el modo de vida, hayan sido distintos. Sin embargo, como veremos, tanto entre los actuales *wixaritari* o huicholes como entre los *nayeri* o coras reconocemos rasgos que remontan a la presencia chalchihuiteña en partes de la Sierra Madre Occidental. Hoy como ayer, parece que más allá de las estrictas exigencias impuestas por un medio ambiente severo, los pobladores de la sierra desarrollaron culturas distintas pero al mismo tiempo participaron de un mismo universo de prácticas e ideas que los hermanan, por lo que pretender trazar límites precisos en el tiempo o en el espacio resulta vano. Lo que parece más claro es que, efectivamente, la historia de los lejanos antepasados de los *wixaritari* se diferencia de la de los antiguos pobladores de la región de Huejuquilla tanto por su origen como por su destino final.

En cuanto a su origen, el sabio *kawitero* afirmaba que habían procedido del mar. Mientras, para los huistleños y para los chalchihuiteños, la arqueología apunta en general más bien hacia un origen en el centro de México, al inicio de nuestra era.¹¹ La tradición huichola de un origen en el mar viene a ser confirmada por los datos arqueológicos que atestiguan la importancia de los lazos de los serranos con los habitantes de la costa sobre todo en los primeros siglos de nuestra era. En el caso de la cuenca del Mezquitic-Bolaños, como señalamos, es indudable su pertenencia

11. Patricia Carot y Marie-Areti Hers. “La gesta de los tolteca chichimecas y de los purépechas en las tierras de los Pueblos Ancestrales”. Carlo Bonfiglioli, Arturo Gutiérrez y María Eugenia Olavaria (eds.). *Las Vías del Noroeste, 1: una macrorregión indígena americana*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 2006, pp. 47-82.

al ámbito de la tradición de las Tumbas de Tiro y en particular sus fuertes lazos con los pueblos nayaritas que desarrollaron el estilo Lagunillas. Más que objetos de intercambio, son todos los aspectos de su cultura que apuntan hacia un origen en el Occidente, con algunos elementos cerámicos exógenos que proceden de los vecinos chalchihuiteños. Mientras que entre los huistleños, a la inversa, reconocemos como elementos ajenos a su tradición original algunas esculturas semihuecas y vasijas que reproducen estilos propios de las Tumbas de Tiro o que provinieron directamente de estas tierras occidentales. En ambas regiones, la profusión de adornos corporales en conchas procedentes del Pacífico nos revela la intensidad de los intercambios que unían a todos los serranos con la costa, independientemente de su origen.

Unas pocas generaciones después de haberse instalado en la región, los huistleños ya habían establecido nexos muy estrechos con los pueblos costeros. Ignoramos por ahora lo que ofrecían en sus intercambios que les proporcionaban abundantes y variados ornamentos corporales en concha procedentes del Pacífico. Así, por ejemplo, hombres y mujeres ceñían sus caderas con un sonoro faldellín adornado con varias hileras horizontales de conchas tubulares trabajadas en *Serpulorbis oryzata* y un joven de alta jerarquía fue enterrado con un magnífico gorro recubierto con la concha de más de dos mil pequeños gasterópodos del género *Olivella* además de otras insignias de su rango.¹²

Pero, más allá de un origen aparentemente distinto, ¿cuán distintos eran los huistleños de los antepasados de los huicholes? Cuando iniciamos los trabajos en la región de Huejuquilla, uno de los principales objetivos era el de documentar el remoto pasado huichol y relacionarlo con su vigorosa cultura actual. Sin embargo, por diversas razones, escogimos la región de Huejuquilla en lugar del territorio de alguna comunidad huichola actual. En esta época, el acceso a las comunidades era solamente por largas jornadas a pie o

12. Enriqueta Olguín M. "Los ornamentos en concha del Norte de Jalisco", tesis de licenciatura, México: Escuela Nacional de Antropología e Historia.

en avioneta, lo que habría dificultado grandemente los trabajos. Mientras, en Huejuquilla llegaba un camino de terracería que con el tiempo habría de transformarse en una carretera trans-sierra. Además, en viajes preliminares que hicimos en la comunidad de San Andrés, nos percatamos no solamente de una aparente escasez o ausencia de restos arqueológicos, sino sobre todo, de la impertinencia de un proyecto arqueológico. En efecto, la labor arqueológica habría tenido un inevitable carácter de intrusión y aún en nuestros días, no se han establecido las condiciones adecuadas para una armoniosa colaboración entre arqueólogos y comunidades que conservan lazos sagrados con su territorio y su historia. Finalmente, como ya señalamos, por su ubicación y su configuración natural, la región de Huejuquilla se presenta como un lugar privilegiado en la sierra y era de esperarse que su historia antigua iba a ser en gran medida representativa de esta porción sur de la Sierra Madre Occidental. Por añadidura, el poblado cercano de Tenzompa, donde iniciamos los trabajos, había sido un asentamiento huichol hasta finales del siglo XIX.

Después de años de estudios, los resultados correspondieron solamente en parte con nuestras expectativas. Al terminar los trabajos arqueológicos y antes de abordar el estudio de su arte rupestre, habíamos quedado dubitativos, ante la dificultad de ponderar las similitudes y las diferencias.

Ante todo, existía este largo lapso, entre 900 y finales del siglo XVI, para el cual no se disponía de informaciones arqueológicas. Como vimos, corresponde al abandono de la región por parte de los huistleños mesoamericanos y la llegada en un momento dado de nuevos pobladores, los zacatecos, de tradición muy distinta.¹³ Sabemos que parte por lo menos de los huistleños se unieron a los otros grupos chalcihuiteños que hacia 850 de la era abandonaron sus poblados y migraron hacia el sur donde fueron conocidos como toltecas chichimecas. Otros más pueden haber migrado hacia el norte, a tierras duranguenas, donde la tradición

13. En los documentos de fines del siglo XVIII que publicó María del Carmen Velázquez (*op. cit.*), todavía se recalcan las diferencias culturales que existían entre los zacatecos de Huejuquilla y los huicholes de San Nicolás, La Soledad y Tenzompa.

chalchihuiteña persistió hasta el siglo XIII en los valles orientales de la Sierra Madre y hasta la llegada de los españoles al interior mismo de la cordillera. Finalmente, es muy probable también que familias enteras de huistleños se hayan retirado sierra adentro en las regiones colindantes cora y huichola. Notemos que esta ruptura entre la ocupación prehispánica mesoamericana y los pobladores del período colonial se repite para la cuenca del Mezquitic-Bolaños.

Así que para establecer una comparación entre los huistleños y el pasado prehispánico de los grupos indígenas actuales de la porción sur de la Sierra Madre Occidental, se requiere ampliar el área de estudio y adentrarse más en ella, donde probablemente la gran crisis del siglo décimo en la Mesoamérica septentrional no resultó en esta profunda ruptura que se constata en las regiones colindantes de Huejuquilla y del Mezquitic-Bolaños. Mientras, al intentar comparar culturas del primer milenio con culturas indígenas actuales, además del problema del espacio, tampoco se puede dejar de lado los inevitables cambios que se dieron durante el siguiente milenio entre los antepasados de los huicholes y de los coras. La sierra no puede haber quedado ajena a las profundas transformaciones que conoció el Occidente durante el período posclásico (900-1530) con fenómenos tan importantes como, por ejemplo, el llamado Complejo Aztatlán, la formación del estado tarasco y la tardía llegada adentro de la Sierra Madre desde el norte, de los zacatecos y de los tepecanos. También fueron muy agitados los tiempos de la Colonia, no solamente por el drástico despoblamiento del Occidente en general. La sierra misma fue sacudida por las repercusiones de la rebelión cazcana, la formación de la Frontera de Colotlán, la tardía creación del Nuevo Reino de Toledo y los altibajos del real de minas de Bolaños, por mencionar solamente algunos de los mayores eventos y los aspectos más visibles de su historia. Y para los dos últimos siglos, los tiempos no fueron más calmados, desde la larga guerra de Lozada hasta los cruentos

conflictos de la guerra cristera y hasta nuestros días la sierra siempre ha estado totalmente inmersa en los grandes cambios que marcaron la historia nacional. No se trata pues de ver a los huicholes actuales como portadores de una cultura fosilizada.

Al retomar la comparación establecida por el sabio *kawitero* y comparar los datos sobre los antiguos huistleños con los huicholes actuales, llegamos a conclusiones muy distintas según privilegiamos los datos propiamente arqueológicos o el estudio del arte. En el primer caso, las diferencias y similitudes son muy difíciles de ponderar, mientras que para el mundo de las ideas y de las imágenes, se reconoce una indudable afinidad.

Las diferencias más notables pueden ser atribuidas en cierto grado al condicionamiento más severo del medio en el territorio nuclear huichol con su relieve aún más accidentado que el de la región de Huejuquilla. Resalta en efecto una notable diferencia en cuanto al patrón de asentamiento. Mientras los huicholes viven mayormente en ranchos aislados, con aglomeraciones estacionales que en tiempos recientes tienden a ser permanentes, los antiguos asentamientos huistleños son netamente más amplios y densos. Esto se nota con claridad en el caso del Cerro del Pueblo cercano a Tenzompa.¹⁴ El plano que pudimos levantar (ver figura 3) al observar en la superficie los cimientos de cerca de doscientas construcciones en apenas dos hectáreas nos da la imagen de un pueblo muy ordenado, en el cual las casas y sus dependencias se organizaban alrededor de una serie de plazas que correspondían probablemente a unidades familiares. En otras partes, como en el paraje del Rincón San Vicente ya mencionado, en el pasado como ahora el problema del acceso al agua dispersó la población en conjuntos relativamente reducidos de casas alrededor de una serie de pequeños manantiales. Pero más allá de esta relativa dispersión, el alto número total de las casas antiguas resalta frente al de las pocas casas recientes.¹⁵

14. En el caso de los poblados de Tenzompa, La Soledad y San Nicolás, que fueron pueblos huicholes hasta los tiempos de Lozada, es difícil de ponderar en qué medida la relativa concentración de la población en pueblos permanentes se debió a un mayor control de la autoridad colonial o a cambios desde que gran parte de su población fue reemplazada por familias mestizas luego de la derrota de Lozada.

15. En años recientes, las familias del Rincón San Vicente dejaron el paraje para instalar sus casas junto al río, donde lo inhóspito del lugar se ve compensado por las facilidades que ofrece una carretera recién trazada.

Esta diferencia notable del patrón de asentamiento podría sin embargo ser más circunstancial que intrínseca a las dos sociedades que intentamos comparar. En efecto, una de las razones más poderosas que pueden haber llevado a los huistleños a vivir de manera menos dispersa que los huicholes actuales, ha de haber sido el estado latente de guerra en el cual vivieron gran parte de su historia. Esto está atestiguado por la evidente necesidad que tuvieron de protegerse, aprovechando de muy diversas maneras las defensas naturales que les proveía el relieve y aumentándolas a menudo con murallas y bastiones. A todas luces, resultaba indispensable establecer alianzas defensivas, agrupándose las familias en un mismo lugar o en ranchos muy cercanos unos de otros. Aún en el siglo xx la región conoció épocas de gran inestabilidad e inseguridad, con la revolución y luego la guerra cristera. Sin embargo, desde la época colonial, las condiciones políticas y los hábitos guerreros han cambiado considerablemente y la solución para protegerse ya no fue la de apeñolarse como lo hicieron los huistleños.

Otra diferencia marcada en los vestigios arquitectónicos parece ser más consustancial. En efecto, los huistleños disfrutaban de mecanismos sociales de reciprocidad para llevar a cabo trabajos comunes importantes, no solamente para levantar sus sistemas defensivos sino también para la dura labor de terracear el terreno, levantando muros y aportando relleno con el fin de asegurar a sus asentamientos estabilidad y control eficaz de la erosión. Más de mil años después de su abandono, la presencia de estas terrazas permitió la conservación de los antiguos cimientos mientras que los ranchos modernos después de una o dos generaciones de abandono desaparecen sin dejar prácticamente huellas. Actualmente, en las comunidades huicholas la labor comunal parece restringida a la construcción de los tukipa ceremoniales y la cohesión social no se traduce por estos importantes trabajos que a lo largo de los siglos fueron modelando el antiguo paisaje de los huistleños.¹⁶

16. Estas variaciones tan marcadas en la intensidad decreciente de trabajo común para levantar construcciones y modificar el paisaje se ven claramente expresadas en el caso de los santuarios chalchihuiteño, huichol colonial y huichol moderno, en las cumbres del Calpulalta que domina la Sierra de Tenzompa. Marie-Areti Hers. "Los santuarios huicholes en la Sierra de Tenzompa (Jalisco)". *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. México: UNAM, 1982, pp. 35-41.

Como ya señalamos, la importancia de la guerra y la manera de llevar a cabo los enfrentamientos han cambiado profundamente. Al respecto, es en la historia colonial de los coras y su guerra latente con sus vecinos huaynamotecas para proveerse de víctimas para el sacrificio, que podemos establecer paralelos. Como los otros pueblos chalchihuiteños, los huistleños al colonizar la sierra, no solamente trajeron de sus tierras de origen la milenaria tradición agrícola del maíz sino que, al juzgar por los tipos de defensas que adoptaron, se transformaron en temibles guerreros para protegerse de ataques repentinos, poco duraderos pero mortíferos. Con el tiempo, las hazañas guerreras fueron canalizadas en guerras floridas que proveían de víctimas para el sacrificio por extracción del corazón como lo ilustran imágenes grabadas en la roca. Las cabezas y otras partes de las víctimas eran expuestas públicamente bajo los rayos de la divinidad solar en los *tzompantli* o empalizadas que se levantaban en las plazas tal como fue el caso en el Huistle. Dos grandes santuarios de arte rupestre huistleño y el imponente paisaje en el cual fueron incorporados nos dan la pauta para entender el significado cosmológico que dieron los chalchihuiteños a su manera de canalizar la necesaria pero siempre peligrosa violencia de sus guerreros. Y cuando nos acercamos a las imágenes de los huistleños, las diferencias con los huicholes se desvanecen.

Al oeste del Huistle, el espectacular cañón del Sochite se abre al borde de la meseta que domina la barranca. En él, las aguas del río de Huejuquilla corren de oriente a poniente en las profundidades de la falla roja serpenteante y se pierden en la tierra para resurgir en manantiales calientes y luego confluir en el Chapalagana. Este imponente escenario natural sugiere con fuerza el eterno ciclo del curso del sol que recorre el cielo, desciende al poniente para entrar en las entrañas de la tierra y resurgir vencedor al oriente. Al insertar en este espacio sus santuarios de arte rupestre e ilustrar en el eje vertical que organiza ambos conjuntos ese discurrir de la lucha entre la luz y la

oscuridad, la vida y la muerte, el cielo y el inframundo, los huistleños transformaron el entorno natural en un paisaje sagrado donde el destino de los hombres está ligado al ciclo del universo y el sacrificio del hombre acompaña al sol en su lucha cósmica.

En el museo de Huejuquilla reproducimos uno de estos santuarios, el de Atotonilco, y proponemos una primera lectura de sus figuras. Al centro, un eje vertical ofrece una imagen elocuente de una cosmogonía que puede reconocerse a través del pensamiento huichol actual. A ras del suelo un personaje quedó apenas esbozado con un grabado muy somero como si se quisiera indicar que está adentro mismo de la montaña, que pertenece al inframundo. Arriba, una serpiente en forma de escalera culmina en un alacrán, ilustrando los escalones que ha de franquear el sol para vencer la oscuridad y salir triunfante al alba simbolizado por el alacrán, como enviado de *Tamatsi Paritsika*, Nuestro Hermano Mayor el Amanecer.¹⁷ Finalmente, en lo alto del panel, se yergue un personaje femenino¹⁸ muy grande. Toca con la mano un águila en vuelo, debajo de un arco formado por la repetición del motivo del ala que sugiere el vuelo del ave en su recorrido de este a oeste. En esta escena encontramos la ambivalencia del águila en la mitología huichola, puesto que la figura femenina podría ser *Tatei Wexikia Wimari*, Nuestra Madre Águila, que tiene el mundo entre sus garras, pero también podría tratarse de la madre del Sol y del curso triunfal del astro.¹⁹ Entre las otras imágenes del arte huistleño que se ofrecen en el museo *Tatuutsima*, resaltan las del sol asociado al alacrán frente a la de la luna acompañada del perro. Ambos pares de motivos dominan sendos paneles del otro santuario de Las Adjuntas y evocan claramente los ámbitos complementarios de lo masculino y lo femenino tal como se expresa en los mitos huicholes.

En un importante ensayo interdisciplinario sobre un conjunto de paneles de Las Adjuntas, se exploran las amplias afinidades entre estas antiguas expresiones y el pensamiento huichol actual, pero también su

17. Olivia Kindl. *La jícara huichola; un microcosmos mesoamericano*. México: INAH-UdeG. 2003 (serie Etnografía de los Pueblos Indígenas de México), p. 174.

18. Su género está indicado por el motivo de la vulva pegado al borde de su vestido.

19. Kindl, *op.cit.*, p. 168.

inserción en el universo mesoamericano y en el de los indios Pueblo del Suroeste de los Estados Unidos.²⁰ El punto de partida es el análisis del eje vertical de la composición general de este gran biombo natural. En la base, una gran loza dispuesta al pie del acantilado presenta la imagen del lugar de emergencia y evoca tanto el *niérika* huichol como el *sipapu* hopi. En la parte alta, el vuelo del águila solar baja desde el zenit hasta el poniente y completa así la escenificación ya mencionada del sitio de Atotonilco. Entre estos dos extremos, en la pared rocosa se hacen presentes las etapas sucesivas del devenir de la humanidad.

Sin pretender agotar el complejo asunto de medir cuán cercana puede haber sido la cultura de los huistleños de la de los antiguos huicholes, hemos de detenernos todavía frente a dos esculturas encontradas a la entrada de un pequeño templo, en ambos lados de su escalinata. Su talla somera evoca la singular postura de una de las figuras más emblemáticas del mundo tolteca: el famoso *chac mool*, el oficiante cuyo cuerpo sirve de mesa para depositar ofrendas, el ser poseído que al hablar transmite las palabras de la divinidad. Es decir el personaje central por excelencia de un oráculo. Recordemos al respecto la importancia que tenía el oráculo de la Mesa del Nayar hasta la tardía conquista de 1722 y la existencia también de oráculos en tierras huicholas como el que se destruyó en la sierra de Tenzompa en el mismo siglo XVIII.²¹

En el siglo IX, tanto la región del Mezquitic-Bolaños como la de Huejuquilla, la de La Quemada y la del alto Suchil quedaron abandonadas por los mesoamericanos, en el marco más general de la contracción de la frontera norte de Mesoamérica. Algunos grupos se habrán internado probablemente sierra adentro, pero otros migraron hacia el sur, hacia la tierra de sus antepasados. Ahí, fueron conocidos en las fuentes históricas indígenas como los toltecas

20. Paulina Faba y Françoise Fauconier. "Arte rupestre chalchihuiteño y cosmovisión. Huichola". Carlo Bonfiglioli *et al* (eds.). *Las vías del Noroeste, 2: hacia una perspectiva sistémica de una macrorregión indígena americana*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, (en prensa).

21. José Arlegui. *Crónica de la Provincia de Nuestro Padre San Francisco de Zacatecas* (1737). México: Imp. de Cumplido, 1851, pp.158-160; Hers, *Los santuarios...*

22. La identificación de los huistleños y en general de los chalchihuiteños con los toltecas chichimecas es el tema central de una de las salas del museo *Tatuutsima* y ha sido abordado en diversos trabajos. Vid. Marie-Areti Hers. *Los toltecas en tierras chichimecas*. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas, 1989; Beatriz Braniff y Marie-Areti Hers. "Herencias chichimecas". *Arqueología*. México: INAH, 2ª serie, 19, 1998, pp. 55-80.

23. Daniel Flores, Marie-Areti Hers y Antonio Porcado. "Sobre el trópico en un mar de lava: análisis astronómico, arqueológico e iconográfico en el septentrión mesoamericano". Bonfiglioli *et. al*, *Las vías del Noroeste*, 2...

24. Para las relaciones entre los antiguos pobladores de Michoacán, de la Sierra Madre y del Suroeste de los USA, ver los trabajos pioneros de Beatriz Braniff. "Diseños tradicionales mesoamericanos". Barbo Dahlgren y Ma. de los Dolores Soto (eds.). *Arqueología del Norte y del Occidente; Homenaje a J. Charles Kelley*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1995, pp. 181-209. Emil W. Haury. *The Hohokam Desert Farmers and Craftsmen; Excavations at Snaketown 1964-1965*. Tucson: The University of Arizona Press, 1976; para una revisión del tema a la luz de trabajos recientes en la sierra y en Michoacán, ver Carot y Hers, *op. cit.*

chichimecas fundadores de Tula y los uacusechas purépechas fundadores del imperio tarasco.²²

Ellos se fueron al norte

Ellos se fueron al norte, dejaron trazas de ello. En esta aseveración se empalman los recuerdos de dos eventos distintos: el abandono general ya mencionado de la región de Huejuquilla a finales del siglo IX y la salida de una parte de los huistleños hacia el norte varios siglos antes, alrededor del 600 de la era. La premura de nuestro encuentro con el sabio huichol no nos permitió elucidar cuáles habían sido las evidencias que le permitían afirmar que los huistleños se habían ido al norte. Pero sabemos que en efecto ocurrió esa migración de una parte de ellos y conocemos por lo menos una de estas "trazas" que dejaron de esta odisea.

Es muy probable que junto a otros grupos chalchihuiteños, familias huistleñas reanudaron en el siglo VII sus migraciones hacia el norte y participaron en la colonización de nuevas tierras, avanzando cuatrocientos kilómetros a lo largo de los valles orientales que flanquean la sierra duranguense y penetrando en la cordillera hasta ocupar las tierras altas y frías.²³ Diversos indicios sugieren que junto con ellos iban migrantes uacusechas. Sus exploraciones no pararon en la sierra duranguense. Algunos prosiguieron al norte y alcanzaron las tierras de los antepasados de los indios Pueblo del Suroeste de los Estados Unidos.²⁴ Además de lo que la tradición huichola puede haber conservado acerca de esta migración chalchihuiteña al norte, es probable que Alfredo Ponciano haya observado con atención expresiones del arte rupestre huistleño y más aún que se haya conservado la exégesis de algunas de estas imágenes. Una de ellas es una narración histórica particularmente elocuente.

Un poco apartado del conjunto que se extiende al borde del Chapalagana en el sitio de Las Adjuntas, el artista grabó tres escenas, que según el orden de lectura acostumbrado en el arte rupestre huistleño, pueden

leerse de abajo hacia arriba (ver figura 4). Se narra así una migración y una conquista. Tres personajes se enfilan hacia el norte, guiados por el primero que enarbola un bastón. Encima, un personaje importante agarra, victorioso, la cabeza de un individuo al punto de caer. Podríamos leer el conjunto como *Migramos al norte y conquistamos pueblos*. Dominando el conjunto, otro personaje encorvado toca la flauta. Este flautista, junto con una serie de personajes similares presentes en una serie de sitios de arte rupestre a lo largo del territorio chalchihuiteño, está en relación directa con lo que están buscando los principales hopis en su peregrinar tras las huellas que dejaron en las rocas los clanes que según la tradición procedieron de un lejano sur. Como es bien sabido, el flautista es una de las figuras más importantes entre los indios Pueblo de ayer y de hoy, en particular entre los hopis para quienes está directamente asociada a sus tradiciones de migración.²⁵

Acaso, un día habrá de repetirse un encuentro entre autoridades hopis y huicholas, y frente a este panel de Las Adjuntas se retomaría el diálogo iniciado acerca de sus respectivas tradiciones y memorias de los orígenes. Quizás, también, habrá más oportunidades para un diálogo que permita trascender las divisiones entre la disciplina arqueológica, la historia del arte y el saber ancestral. Por ahora, este fugaz y azaroso encuentro dio una innegable aportación para penetrar en la antigua historia de la Sierra Madre.

25. Marie-Areti Hers. "La música amorosa de Kokopelli y el erotismo sagrado en los confines mesoamericanos". Arnulfo Herrera (ed.). *Amor y desamor en las artes*. México: UNAM, 2001, pp. 293-336. En este ensayo cometí el error común de llamar Kokopelli al flautista, error que muy atinadamente ha corregido Ekkehart Malotki. *Kokopelli; the Making of an Icon*. Lincoln: The University of Nebraska Press, 2000.

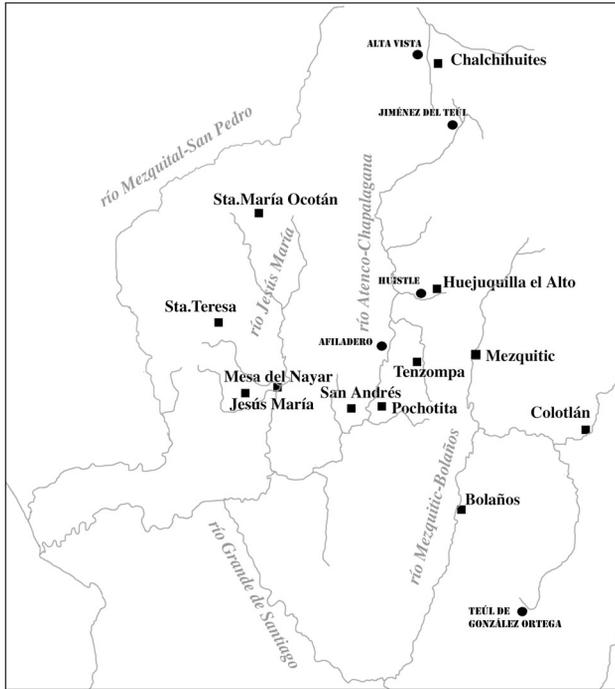


Fig. 1. Mapa de la región. Dibujo de M-A Hers.

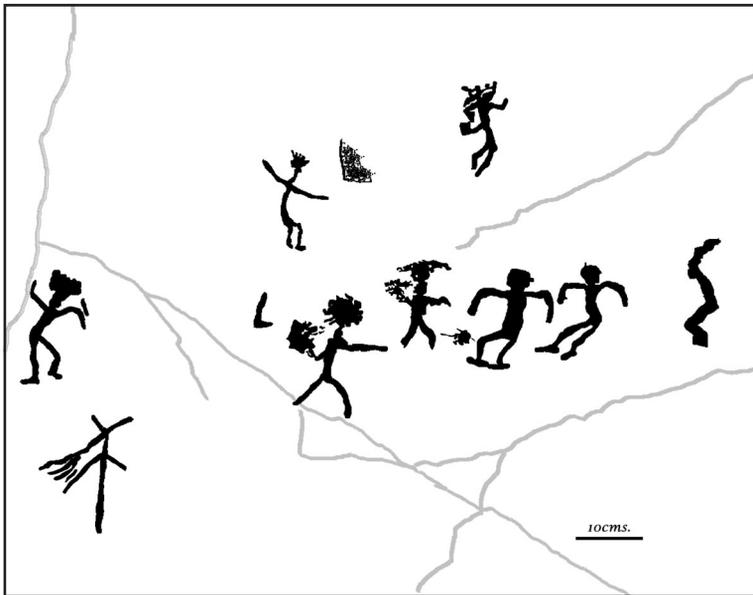


Fig. 2. Escena de juego de pelota. Grabados del sitio de Las Adjuntas. Dibujo de M-A Hers.

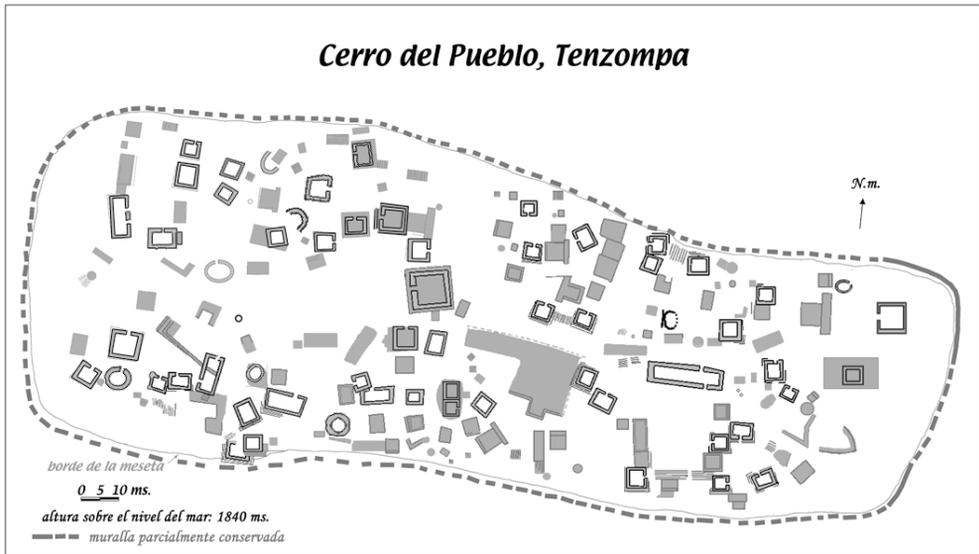


Fig. 3. Plano del Cerro del Pueblo, Tenzompa. Levantado por Michèle Callut, Claudine Deltour y Marie-Areti Hers.

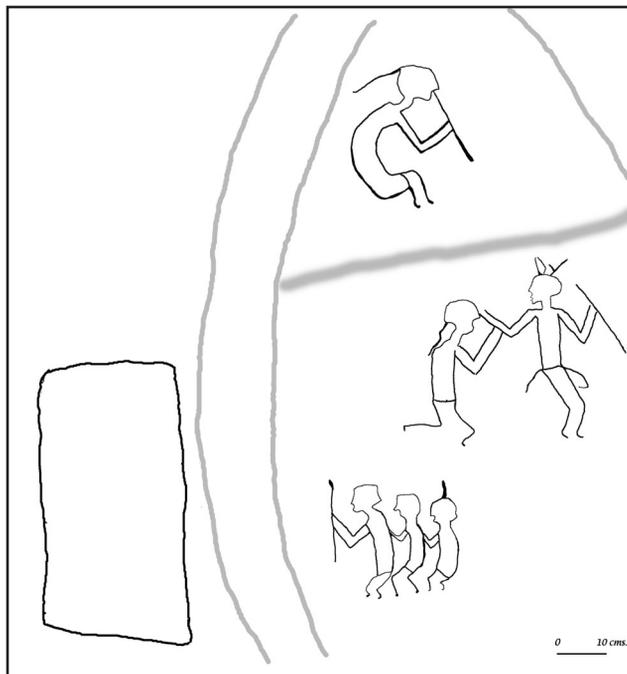


Fig. 4. Grabados del sitio de Las Adjuntas. Dibujo de M-A Hers.

Otra visión de la historia purépecha

Patricia Carot
UNAM

1. Estos trabajos fueron realizados en el marco de los proyectos *Michoacán I* (1983-1987), *Zacapu-Michoacán III* (1993-1996) y *Loma Alta* (1996-2000) del *Centre Français d'Etudes Mexicaines et Centraméricaines* (CEMCA) bajo el patrocinio del *Ministère des Affaires Etrangères* y del *Centre National de la Recherche Scientifique* y en colaboración con la Subdirección de Laboratorios y Apoyo Académico del Instituto Nacional de Antropología e Historia y el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Después de siglos de estancamiento en lo que concierne a la historia purépecha y sus orígenes, los trabajos arqueológicos llevados a cabo durante más de dos décadas en la cuenca de Zacapu y particularmente en el sitio de Loma Alta,¹ permiten presentar por fin otra versión de esta historia. El punto de partida de esta nueva propuesta ha sido la continuidad cultural destacada en la larga secuencia cronológica establecida en esta región que abarca casi dos milenios.

Desde su desecación, a principios del siglo xx, la ciénega de Zacapu ha sido totalmente olvidada y borrada no solamente del paisaje sino de los mapas. Sin embargo, antes conformaba con los lagos de Pátzcuaro al sur y Cuitzeo-Queréndaro al este un conjunto muy notable alrededor del cual se desarrolló la historia que aquí contamos (fig. 1). Una historia con



Fig. 1. Mapa de las cuencas lacustres de Cuitzeo, Zacapu y Pátzcuaro, Michoacán.

una profundidad temporal nunca antes sospechada que remite por lo menos a la antigua tradición Chupícuaro, unos siglos antes de nuestra era. Sólo faltan por encontrar los eslabones para alcanzar la tradición de El Opeño-Capacha, hacia 1500-1200 a.c., como punto de origen aún más remoto. Así se confirmaría arqueológicamente lo que la lingüística ya comprobó: que se hablaba purépecha desde varios milenios antes de nuestra era en todo lo que corresponde actualmente al estado de Michoacán y regiones vecinas.²

Es así que, en vez de presentar una historia sin origen, una historia “mítica” de grupos de ascendencia salvaje, nómadas, feroces y hambrientos chichimecas, con un sin fin de atributos despreciables anclados con esta visión arcaica que siempre se ha tenido del pasado purépecha y/o tolteca, proponemos otra interpretación de los hechos y de las fuentes, y eso, gracias a los nuevos datos arqueológicos obtenidos. En vez de presentar entonces a estos grupos que irrumpen a partir del siglo IX-X en el escenario de los valles centrales de la cuenca de México y de la zona lacustre de Michoacán como los nómadas chichimecas tradicionalmente descritos, que se transforman milagrosamente, en unas generaciones, en constructores de pirámides y ciudades, proponemos, al contrario, que dichos grupos pertenecen en realidad a la misma cultura que los grupos asentados en las regiones a donde van llegando. Que se trata más bien de los descendientes de los que habían migrado siglos antes, los que regresan a los lugares de salida original de sus ancestros.

Para apoyar esta teoría, tenemos a nuestro alcance las fuentes, como la invaluable *Relación de las ceremonias y ritos y población y gobierno de los indios de la provincia de Michoacán* o *Relación de Michoacán (1541)*,³ donde se insiste sobre el hecho de que los recién llegados se entienden y pueden comunicarse con los residentes locales: hablan el mismo idioma. Aún más notorio es el hecho de que los dos grupos supuestamente tan opuestos (nómadas versus sedentarios) honran a las mismas divinidades. Tantos

2. Leonardo Manrique Castañeda. “Lingüística histórica”. Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (coord.). *Historia Antigua de México*. Vol. I. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Porrúa, 2000, pp. 53-93. Los estudios lingüísticos demuestran también que la lengua purépecha se aparta totalmente de las demás familias lingüísticas mesoamericanas y que se emparenta más con lenguas del Suroeste de los Estados Unidos como el zuñi y con la familia quechuana de Sudamérica (Manrique, *op. cit.*), lo que la arqueología también demuestra muy claramente.

3. Moisés Franco Mendoza (coord. de edición y estudios). *Relación de las ceremonias y ritos y población y gobierno de los indios de la provincia de Michoacán (1541)*. Facsímil del ms. CIV 5 de El Escorial. México: El Colegio de Michoacán-Gobierno del Estado de Michoacán, 2000.

elementos que demuestran la filiación entre ambos grupos y que uno asiste en realidad a un reencuentro, a veces violento, después de siglos de separación, de dos poblaciones hermanadas.

Proponemos entonces una historia distinta pero más coherente, de larga duración, marcada en su transcurso por tiempos de rupturas. Estas rupturas corresponden a movimientos migratorios de salida de parte de la población hacia el norte y del regreso de los descendientes, siglos después, justo al lugar de donde habían salido sus antepasados.

Esta nueva propuesta se hizo a raíz de los innumerables datos obtenidos en el sitio de Loma Alta, antigua isla de la ex-ciénega de Zacapu, hacia su ribera oeste, isla funeraria y a la vez centro ceremonial monumental de mayor importancia. Se evidenció un periodo de apogeo en los primeros siglos de nuestra era (fase Loma Alta, 100 a.c.-550 d.c.) que se refleja en todas las manifestaciones artísticas, como la cerámica, la escultura o la arquitectura.

En la cerámica, se perfecciona el arte figurativo iniciado durante las fases anteriores de Chupícuaro y Morales, modelándose la tradición Loma Alta. Las formas se simplifican y sirven de soporte ideal para esta expresión artística. La tradición Loma Alta representaría el apogeo de este arte pictográfico, alcanzando una gran variedad iconográfica y una gran maestría en su ejecución nunca superadas posteriormente.

El pintor produjo un arte muy reconocible por la tan lograda abstracción de las formas representadas que define el estilo Loma Alta. Son formas animadas, “vivas”, en movimiento, como los pájaros que vuelan (fig. 2) o nadan, los patos van subiendo y bajando según un evidente movimiento migratorio; los guajolotes se pavonean, o estas ardillas o venados, coyotes que corren, saltan...(fig. 3) Hay una gran diversidad de serpientes que se mueven en el agua, sobre la tierra o en el cielo (fig. 3); resalta esta majestuosa serpiente con plumas y pico de ave, tan bien hecha que parece

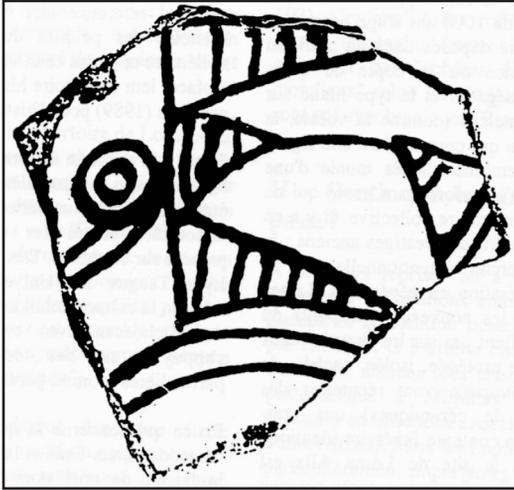


Fig. 2. Pájaro acuático en negro sobre crema,
tradición Loma Alta.

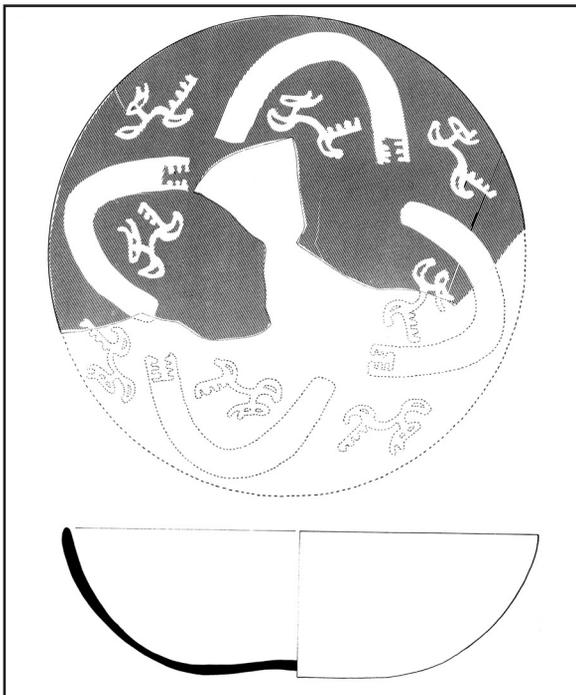


Fig. 3. Ardillas y serpientes celestes, en blanco sobre rojo,
tradición Loma Alta.

seguir ondulando desde su creación (fig. 4). También hay representaciones de figuras compuestas como la de un hombre-venado que parece la figura de un chamán con asta de venado; o la de un hombre-pájaro: figura humana con máscara bucal en forma de pico de ave; otra, más recurrente, de un hombre-serpiente con los brazos levantados, cola de serpiente, rodeada de pisadas de aves (fig. 5). En otro excepcional cajete

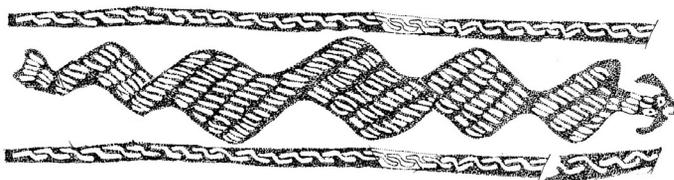


Fig. 4. Serpiente emplumada con pico de ave pintado en negro negativo sobre crema, tradición Loma Alta.



Fig. 5. Hombre-serpiente asociado a pisadas de ave, pintado en rojo y negro sobre crema, tradición Loma Alta.

policromo pintado en negro y blanco sobre un fondo rojo se aprecia la calidad en la ejecución de la compleja escena representada: decoración en cuadrantes, en donde se alternan un caimán de doble cabeza, el cuerpo en v, con una serpiente ondulando rodeada de puntos, en dirección opuesta a la de los caimanes, sea dirigida hacia el fondo del cajete. Los caimanes parecen ser cortados en dos por un instrumento con punta. La figura del caimán es idéntica a la imagen de *Cipactli*, antigua deidad relacionada con la agricultura, la fertilidad, símbolo de la tierra y de la abundancia, y nombre del primer día del calendario divinador nahua. Aquí, la asociación de *Cipactli* con las serpientes remite de manera bastante precisa al mito náhuatl de la creación que cuenta como *Cipactli*, monstruo original, fue cortado en dos por los dioses y transformado en serpientes para formar el cielo y la tierra”.⁴ Las figuras humanas bailan en cadena, dándose la mano o no (fig. 6). Entre los numerosos motivos geométricos, destacan las volutas que marcan los movimientos del agua, lo mismo que las líneas ondulantes verticales marcan la lluvia. Los motivos piramidales revelan todo un mundo relacionado con las nubes, la montaña, el lugar... En este repertorio apareció por primera vez el muy famoso

4. Alfredo López Austin, Leonardo López Luján y Saburo Sugiyama. “The Temple of Quetzalcoatl at Teotihuacan. Its Possible Ideological Significance”. *Ancient Mesoamerica*, núm. 2, 1991, pp. 93-105.

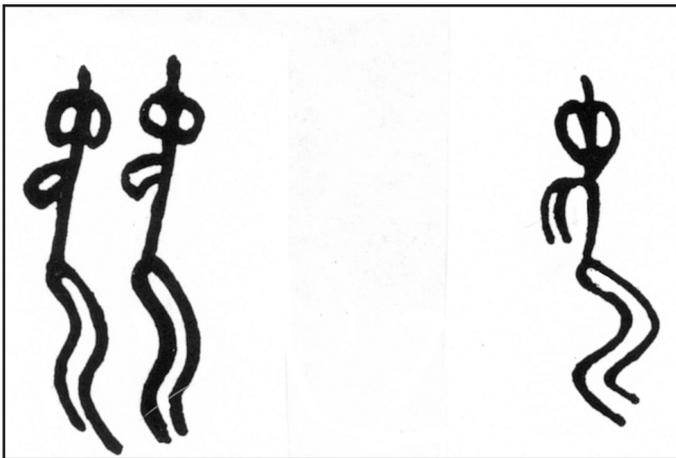


Fig. 6. Danzantes, en blanco sobre rojo, tradición Loma Alta.

motivo de la greca escalonada o *xicalcoluihqui*, uno de los más importantes y recurrentes motivos en la iconografía mesoamericana. Está asociado a un sin fin de simbolismo, el movimiento, la serpiente, el agua, la fertilidad.

De manera extraña, pero muy subjetiva, estas formas vivas fueron plasmadas sobre cerámicas destinadas esencialmente a un contexto funerario, por ser parte de las ofrendas que acompañaban a los difuntos, lo que pone de manifiesto la estrecha relación que ya se tenía para aquel entonces entre la muerte y la vida y viceversa.

Verdadero lenguaje pictográfico, este arte es de suma importancia ya que, por su presencia o ausencia, marca las etapas de la historia aquí revelada. En efecto, uno de los cambios más drásticos percibidos en la nueva secuencia establecida es el total abandono, a mitad del siglo VI, de toda representación iconográfica en boga hasta esta fecha, marcando el final de la tradición Loma Alta. Tal hecho ha sido interpretado como el resultado de un movimiento iconoclasta que acaba por vencer. Y es justamente cuando este lenguaje, desapareciendo en Michoacán, apareció en la cerámica chalchihuites, y simultáneamente y más sorprendentemente, en la cerámica hohokam del Suroeste de los Estados Unidos, unos 2 000 kilómetros más al norte. La reaparición unos 1000 años después, en el Posclásico tardío tarasco, de una tradición iconográfica idéntica, copiada del repertorio antiguo, llevó a confusiones justificadas. Estos dos momentos de desaparición y reaparición de la iconográfica cerámica coinciden cabalmente con los movimientos de salida y regreso que hemos puesto a luz, los portadores del culto a la imagen que se fueron y que regresan.

Antiguas divinidades purépechas

Entre los hallazgos sin precedentes realizados en Loma Alta y que reflejan este periodo de apogeo, está el de un conjunto de una cuarentena de esculturas, las

primeras y más antiguas jamás encontradas en Occidente en contexto arqueológico conocido y fechado. Fueron depositadas en el marco de una ceremonia de clausura de gran magnitud, alrededor de 550 d.c., en una fosa circular de 4 m de diámetro y de 1 m de profundidad construida especialmente para esta ocasión en medio de un pequeño altar ubicado en la parte suroeste del sitio. La mayoría de ellas habían sido previamente “matadas”, es decir, ritualmente quebradas. Las esculturas se dividen en dos grupos. Uno está conformado de esculturas bien elaboradas, en alto relieve, en donde se entremezclan divinidades típicamente mesoamericanas con otras que se relacionan más específicamente con una tradición escultórica de Occidente.⁵ Entre las divinidades afines a la tradición mesoamericana se reconoce la de un viejo dios del fuego, idéntico a las representaciones de *Huehuetéotl* en la cuenca central; probablemente se trata de un antiguo *Curicaveri* (fig. 7), la divinidad más

5. Eduardo Williams. *Las Piedras Sagradas*. Escultura prehispánica del Occidente de México. Zamora: El Colegio de Michoacán, 1992.

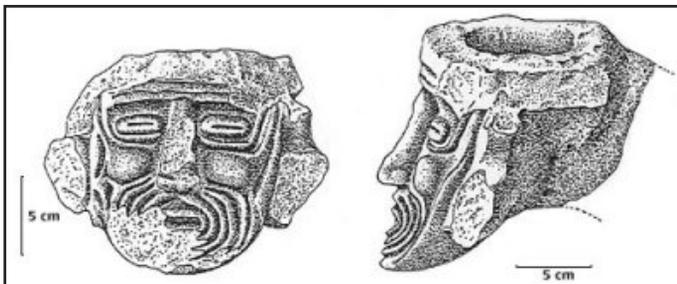


Fig. 7. Antiguo dios del fuego tarasco, toba, tradición Loma Alta (100 a.c.-250 d.c.).

importante de la religión tarasca en el Posclásico, el dios del fuego y de la guerra, el que acompañó, como lo veremos, a todo lo largo de su peregrinación a los grupos que regresaban del norte. También aparece una evocación del ubicuo dios de la lluvia, *Tláloc*, en esta cabeza con los ojos redondos y los dientes marcados por incisiones. Dentro del repertorio escultórico característico de Occidente está la figura del

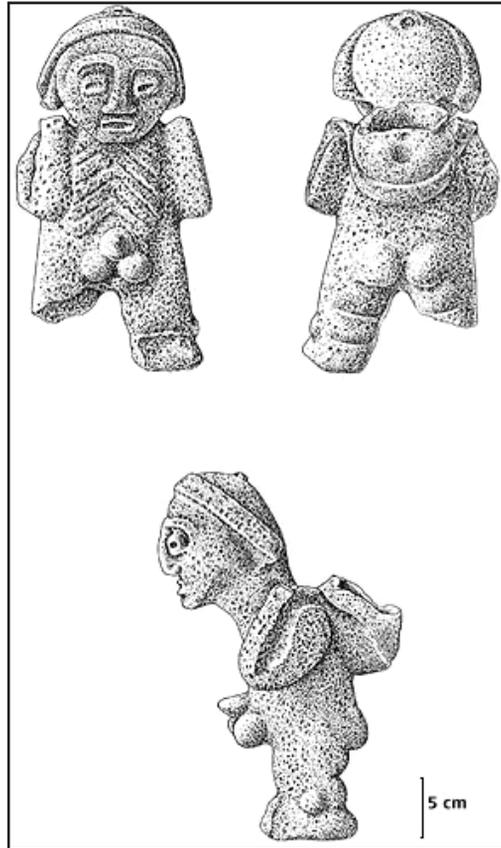


Fig. 8. Mecapalero, basalto alveolar, tradición Loma Alta (100 a.C.-250 d.c.)

mecapalero, desnudo, cargando aquí una olla, (fig. 8) o las esculturas fálicas, una de ellas antropomorfizada.

El otro grupo, el más importante, lo conforman piedras o lajas seleccionadas por tener ya de por sí una forma original que evoca formas naturales como estas grandes lajas en forma de peces, o piedras en forma de serpientes o coyote, u otros animales acuáticos o terrestres, pero también las hay en forma de ala, de media-luna, de pierna humana, u otra vez, de forma fálica. Fueron apenas retocadas, sólo para agregar algunos detalles anatómicos (ojos, dientes, escamas, escarificaciones...)

Estas esculturas son de suma importancia: son piedras sagradas por excelencia, expresiones mismas de los dioses y de los antepasados divinizados, materializados en la piedra. Como tales y como base de la religión tradicional y de las creencias antiguas y modernas, mantuvieron su importancia a través los siglos tanto en Michoacán como en muchas otras partes de América. Mal llamadas “ídolos” o “monos”, son conocidas en lengua purhépecha como *thares* y la persistencia de su carácter sagrado está reflejada en los testimonios de Carl Lumholtz al final del siglo XIX quien señalaba, durante su estancia en zona tarasca:

Aquí, [en Parangaricutiro, Michoacán] como en otros pueblos de la Sierra de los Tarascos, dan los indios mucha importancia a los ídolos antiguos a quienes llaman *tarés* (anciano venerable) ... Cada tarasco tiene un ídolo enterrado en su campo. Teniéndolos también en las casas y más especialmente en los graneros, por considerarlos guardianes del maíz. Creen de mal agüero enseñarlos y encontré muy difícil inducirlos a desprenderse de sus lares y penates. Cuando los indios sabían mis deseos de comprar monos, los escondían y negaban que los hubiera. Los más resueltos y mercenarios ofrecían llevarme algunos, pero salvo en un caso, nunca cumplieron, quizás porque su conciencia les prohibía cometer tal impunidad.⁶

Aun más recientemente, Pablo Velázquez Gallardo reportaba en Charapan (Michoacán):

Hay monolitos de tezontle o de basalto que se llaman *tharhésicha* cuya traducción libre sería los Hombres Viejos. Se deriva de *tahré* = macho, hombre fuerte y *si* = infijo que denota vejez. La mayoría de los ídolos representan figuras humanas de ambos sexos, pero unos tienen forma de coyote o de serpiente de cascabel. Algunos son bien acabados y otros son muy toscos. La gente considera a estos ídolos como los dioses de sus antepasados y por ningún precio los quiere vender o regalar.⁷

Una descripción que sorprende por su similitud con las esculturas de Loma Alta, a casi dos milenios de distancia.

6. Carl Lumholtz. *El México desconocido*. México: Instituto Nacional Indigenista, 1981 (Clásicos de Antropología, 11) p. 361[1904].

7. Pablo Velázquez Gallardo. “Dioses Tarascos de Charapan”. *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*. México: Sociedad Mexicana de Antropología, t. IX, núms. 1, 2, 3, 1947, p. 22.

Con el repertorio iconográfico pintado en la cerámica, las representaciones en piedra de divinidades del panteón mesoamericano, y la presencia en la arquitectura del patrón típicamente mesoamericano del conjunto plataforma/patio hundido/altar central, asociado con otro de plano circular como ocurre en el estado de Guanajuato a la misma época, se demuestra la total filiación de Occidente con el resto de Mesoamérica desde por lo menos el inicio de nuestra era. Por otra parte, se confirma la continuidad cultural por el culto todavía vigente de estas piedras sagradas divinizadas.

Es a partir de esta ruptura del siglo VI que se intensifican los movimientos migratorios hacia el norte, en donde estos *michoaques* o purépechas *uacúsechas* unieron sus destinos con los tolteca chichimeca (o norteños) de cultura chalchihuiteña. Mientras tanto, entre la población que permaneció en la región, surge la imagen del guerrero. Así lo indica la presencia de diverso atributos guerreros como mazos, átlatl, puntas, cuchillos hallados en las sepulturas.

Pero es en el retorno paulatino de estos grupos, sólo unos siglos después, hacia el siglo VIII, o sea simultáneamente a la contracción de la frontera norte, que nos enfocaremos ahora. En efecto, quedaba el momento más oscuro de toda la historia pero empieza a tomar forma gracias a los distintos trabajos que se han realizado en estas últimas décadas tanto en Michoacán como en Guanajuato.

Los episodios de regreso

Ya sabemos que fueron tres los episodios de retorno: el primero ocurrió en la cuenca del río Lerma; el segundo, en la cuenca lacustre de Zacapu y el tercero, en la cuenca de Pátzcuaro.

Estudios en curso en la cuenca del Lerma registran un gran número de nuevos asentamientos a partir de 800 d.c., mismos que corresponden en realidad a esta primera etapa en el largo proceso de regreso de los



EL COLEGIO
de
JALISCO

PUBLICACIONES RECIENTES

ESPECIALES

Octavio Urquidez (coord.). *El Colegio de Jalisco. Ventana al occidente.* Zapopan: El Colegio de Jalisco, 2007.

Se trata de un libro conmemorativo del vigésimo quinto aniversario de El Colegio de Jalisco. Contiene sus antecedentes, gestación, actividades docentes y de investigación, publicaciones y planes actuales de la institución. Destaca la excelencia del trabajo ya realizado, su estrecha relación con la sociedad y la publicación de sus títulos.

Mario A. Aldana, Pedro Luna, José M. Muriá y Angélica Peregrina (comps.). *Manuel Lozada hasta hoy.* Zapopan: El Colegio de Jalisco-INAH, 2007.

Los compiladores del libro nos convidan un sinnúmero de puntos de vista sobre Lozada, entre los que el lector encontrará las señas de identidad del guerrillero, así como un doble proceso: primero, el carácter que el prócer-villano le confiere al movimiento insurreccional y segundo, la reinserción del actor en la circunstancia georegional, el contexto político propio del enfrentamiento entre liberales y conservadores.

LIBROS DIGITALES

Angélica Peregrina y Estrellita García. *Catálogo del archivo histórico de la parroquia San Pedro Apóstol, Zapopan, Jalisco.* Edición limitada. Zapopan: El Colegio de Jalisco, 2007 (disco compacto).

Este disco compacto contiene la catalogación del acervo documental de la parroquia San Pedro Apóstol, fondo de 295 volúmenes que abarcan de 1637 a 1955. El catálogo se realizó con la intención de que el acervo sea conocido y aprovechado por los estudiosos del pasado, en beneficio de la comunidad de Zapopan.

GRADOS

Luis Cisneros Quirarte. *La lucha de facciones y la transformación del sistema político.* Zapopan: El Colegio de Jalisco, 2007.

El objetivo de esta investigación es contribuir al entendimiento y al análisis de la actual política nacional a partir de la observación y del estudio de uno de sus principales variables y actores; pretende aportar la elaboración de un modelo teórico de análisis de los partidos políticos para una mejor comprensión de un sistema político dado.

PRESENCIAS

Carmen Castañeda García. Maestra emérita. Zapopan: El Colegio de Jalisco, 2007.

Este libro es testimonio de la ceremonia en que se otorgó el reconocimiento de Maestra Emérita de El Colegio de Jalisco a la doctora Carmen Castañeda García. Reúne la participación de personas que formaron parte de la vida de la Dra. Castañeda y que simbolizan la amistad, la profesión de historiador, la investigación, la difusión y la enseñanza.

istor

REVISTA DE HISTORIA
INTERNACIONAL

AÑO VIII
NÚMERO

31

INVIERNO
DE 2007

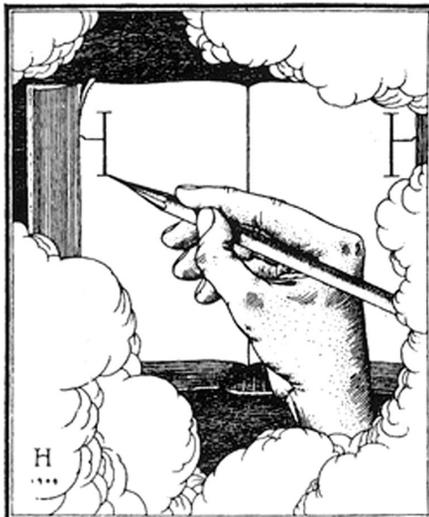
El libro y sus historias

Michel Melot

¿Y cómo va "la muerte del libro"?

*Inmaculada
García
Guadalupe*
El tesoro mejor
guardado de
Tombuctú

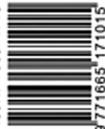
*Philippe
Ricaud*
Contra el libro



*Tomás
Granados
Salinas*
Historia del libro

*Enrique
Fuentes
Castilla*
Las redes ocultas
del libro

ISSN: 1665-1715



70
pesos



CIDE

JOSÉ MARÍA ESPINASA ■ MARINA GARONE GRAVIER ■ EMMA RIVAS MATA

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y ADMINISTRACIÓN PÚBLICA, UAEM

CONVERGENCIA

Revista de Ciencias Sociales

AÑO 14

NUM. 45

SEP - DIC. 2007

PUBLICACIÓN CUATRIMESTRAL

Citizenship deficits in Latin American
democracies
MAXWELL A. CAMERON

Fallas de transparencia: hacia una incorpo-
ración efectiva de políticas de transparencia
en las organizaciones públicas
DAVID ARELLANO GAULT

Gobernabilidad, transparencia y reconstruc-
ción del Estado
RICARDO UVALLE BERRONES

De la participación a la protesta política
GABRIELA RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ

Os modelos cognitivos das políticas de
interação universidade - empresa
RENATO DAGNINO

Entre la competitividad local y la competi-
vidad global: floricultura comercial en el
Estado de México
MA. ESTHELA OROZCO HERNÁNDEZ

La reforma neogerencial en Nueva Zelanda
DIANA VICHER

CONVERGENCIA *Revista de Ciencias Sociales.*

Año 14 Número 45 septiembre-diciembre de 2007.

Publicación del Centro de Investigación y Estudios Avanzados en Ciencias Políticas
y Administración Pública, de la Universidad Autónoma del Estado de México.

<http://convergencia.uaemex.mx>

www.redalyc.com.mx

revistaconvergencia@yahoo.com.mx

Telfax (722) 215 9280

24

México 2006: elecciones
y polarización política

Desacatos

Revista de Antropología Social

México 2006: elecciones y polarización política

Alberto Aziz Nassif, Rafael Loyola Díaz,
Jorge Alonso, Juan Reyes del Campillo Lona,
David Recondo, Ana Díaz Aldrete, Inés Castro Apreza
y José Antonio Crespo

ESQUINAS.

La construcción de la identidad maya en Guatemala.
Historia e implicaciones de un proceso político.
Santiago Bastos.

El discurso político indígena en América Latina
Águeda Gómez Suárez

La *otra* guerrilla mexicana. Aproximaciones al estudio
del Ejército Popular Revolucionario
Jorge Lofredo

LEGADOS.

Carmen Castañeda. *In memoriam*
Angélica Peregrina, Carmen Castañeda
y María Teresa Fernández Aceves

mayo-agosto 2007

Contacto

desacato@ciesas.edu.mx

www.ciesas.edu.mx

Librería

Guillermo Bonfil Batalla

ventas@ciesas.edu.mx

56 55 00 47



grupos norteños. Entre ellos destacan los sitios concentrados alrededor del sitio rector de Los Nogales en el cerro Barajas (Guanajuato), en la ribera norte del río Lerma, y el sitio de San Antonio Carupo (Michoacán), en la ribera sur. En ambos sitios destacan patrones arquitectónicos afines a los de la norteña cultura chalchihuiteña como la muy característica sala de columna.⁸

En una segunda etapa, a partir del siglo x, estos grupos alcanzarían la sureña cuenca de la laguna de Zacapu, el punto de partida original de sus antepasados, punto de origen por excelencia. En una tercera y última etapa, finalizarían su largo periplo, hacía la mitad del siglo xiv, en la cuenca de Pátzcuaro, desde donde consolidarían y expandirían su imperio. Estas dos últimas etapas son descritas con muchos detalles en la *Relación de Michoacán*.

La *Relación* empieza, en efecto, con el muy preciso episodio de llegada/retorno a Zacapu de los *uacúsechas* o señores águilas, los que encabezan los grupos que regresan, cuando, después de haber deambulado por mucho tiempo, encuentren finalmente el lugar adecuado para (re)asentar a su famoso dios *Curicaveri*, el que los había guiado en todo su camino de retorno y el que había de conquistar el mundo. “[Nuestro dios *Tiripeme Curicaueri*] empezó su señorío donde llegó al monte llamado *Virúguarapexo*, monte cerca del pueblo de *Çacapo tacánendan*”. Al mismo tiempo, describe la *Relación* este momento muy conmovedor del reencuentro entre esos *uacúsechas* recién llegados y los grupos asentados desde siempre en la región, y de su asombro al darse cuenta que hablan el mismo idioma y que veneran a las mismas divinidades; nos dice también cómo se hicieron las primeras alianzas matrimoniales entre ambos grupos.⁹

Allí, en los inhóspitos pero defensivos malpaises que cierran al oeste la cuenca de Zacapu, al pie de los volcanes del Tule y Tecolote de la Sierra tarasca que dominan la región, los que regresan construyen verdaderas ciudades con sus barrios, sus pirámides y

8. Brigitte Faugère Kalfon. “Entre Zacapu y Río Lerma: culturas en una zona fronteriza”. *Cuadernos de Estudios Michoacanos* 7. México: Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1996. Gregory Pereira, Gérald Migeon y Dominique Michelet. “Transformaciones demográficas y culturales en el centro-norte de México en vísperas del posclásico: los sitios del Cerro Barajas (Suroeste de Guanajuato)”. Linda Manzanilla (ed.). *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico en el centro de México*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 2005, pp. 123-136.

9. *Relación de las ceremonias...* p. 340. Este reencuentro ocurre precisamente en Naranja, pueblo ubicado en la ribera sur de la ciénega, a unos kilómetros al sur de la isla de Loma Alta y al este de la ciudad de Zacapu y del sitio de El Palacio, entre *Ziranzirancamaro*, señor de Naranja y *Hireti-Ticátame* del linaje de los *uacúsechas*.

casas grandes, canchas de juegos de pelota, calzadas, escalinatas. Reflejan la muy alta densidad de su población y su gran organización. Arqueológicamente, se demuestra que el primer lugar de reasentamiento en el malpaís corresponde al sitio de El Palacio, ubicado a la orilla del malpaís al pie del cual está la ciudad de Zacapu, exactamente como lo describe la *Relación*. Este sitio primero, de mayor importancia, quedará como el santuario más venerado durante el resto de la historia purépecha. En efecto, aunque se hayan abandonado todas las demás ciudades del malpaís y que el poder se haya transferido a Pátzcuaro hacia la mitad del el siglo XIV, en lo que conforma el tercero y último episodio de regreso, el dios *Curicaveri* permaneció en su santuario primordial de Zacapu. Así lo relata Fray Alonso de la Rea en su *Crónica de la Orden de N. Seráfico Padre San Francisco*.

...El ídolo principal y único (que no tuvieron otro los tarascos) estuvo en el pueblo de Tzacapu, metrópoli de Mechoacan y matriz de su grandeza, como Roma de todo el mundo; cuyo templo estaba en la cumbre de un monte que sus faldas vienen a ser vecinas del mismo pueblo. En este templo estaba el sumo sacerdote. Y así el sumo sacerdote Curicaneri (que así se llamaba) era tan venerado, que el rey le visitaba y hablaba de rodillas, visitándole cada año; y el visitarle era ir a pagar las primicias, y después del rey iban haciendo lo mismo los grandes y señores y tras éstos los demás del reino, conforme el posible de cada uno [...]. Llegado el tiempo salía de su palacio de la ciudad de Tzintzuntzan y se embarcaba en su gran laguna, y caminando al pueblo de Tzinrondaro, que son de dos leguas de navegación, se desembarcaba en él y de aquí donde estaba el sumo sacerdote, que son cinco leguas, las caminaba por una calzada de piedra admirable, que hoy se ve limpia y aseada, como hecha sólo por las huellas reales.¹⁰

La filiación en el tiempo y espacio de los emigrantes está revelada por compartir los sitios que erigen y van dejando rasgos arquitectónicos idénticos, así como una misma y única agrupación masiva en zonas protegidas y una muy parecida organización interna. También, y

10. Fray Alonso de la Rea, *Crónica de la orden de N. Seráfico Padre San Francisco, Provincia de San Pedro y San Pablo de Mechoacán en la Nueva España*. Edición y estudio Patricia Escandón. Zamora: El Colegio de Michoacán, 1996, pp. 82-83. [1639] Vestigios de este antiguo camino real empedrado son aún visibles en el tramo entre Tzinrondaro y Asajo. Lo usaban todavía hace poco los lugareños antes de la construcción de un camino de terracería que desafortunadamente tapó o destruyó el antiguo camino real.

sobre todo, la filiación está marcada por el destacable hecho de que al finalizar cada una de estas dos primeras etapas de migraciones en el Lerma y en Zacapu, los sitios fueron abandonados de forma masiva, organizada y anticipada como lo comprueba el singular ritual de haber “matado” o destruido de manera sistemática pero cuidadosa los fogones domésticos y de haber dejado “limpias” las casas u otros edificios.¹¹

Recuperación del pasado

La expresión más clara de la continuidad cultural aquí propuesta está reflejada justamente por el afán de los recién llegados en reanudar con el pasado y en reapropiarse del espacio para re-legitimarlos. Así lo demuestra el hecho de reocupar antiguos lugares ceremoniales; de retomar antiguas costumbres funerarias como la cremación; de reutilizar, en contexto funerario tardío, objetos antiguos y hasta –en uno de los gestos más sobresalientes de este deseo de reanudar con el pasado– la misma tierra de los antepasados, que no es sino recordar los antiguos ritos de fundación. Finalmente, esta continuidad cultural se expresa también en la cerámica por el hecho de que se hayan copiado formas y/o tipos antiguos, reintroduciendo por ejemplo la policromía y la técnica negativa y sobre todo la tradición iconográfica antigua desaparecida durante siglos.

Las similitudes generadas entre ambas tradiciones, antigua y reciente, en la cerámica policroma engendraron profundas confusiones desde el inicio de las investigaciones en Occidente. Es así que se llamó “tarascana” a la cerámica Chupícuaro, reconociéndose, aunque intuitivamente, una filiación entre ambas. Asimismo, cuando el gran arqueólogo Alfonso Caso excavó en los años treinta en las afueras de la ciudad de Zacapu, en el Potrero de la Aldea, otra antigua isla a sólo 5 kilómetros al suroeste de la de Loma Alta y ahora sepultada bajo la ciudad de Zacapu, asignó a la cerámica tan bien hecha que encontró, una posición

11. Gérald Migeon. “Abandonos planificados, rituales de vasijas *matadas* o de clausura y ocupaciones posteriores. Los sitios del cerro Barajas, Guanajuato, y de Milpillas, en el Malpaís de Zacapu, Michoacán”. *Trace* 43, México: Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2003, pp. 97-115.

12. Alfonso Caso. “Informe preliminar de las exploraciones realizadas en Michoacán”. *Anales del Museo Nacional*, México: 4a. época, núm. 6 (2), 1930, p. 449.

13. Marie-Areti Hers. *Los toltecas en tierras chichimecas*, México: UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1989 (Cuadernos de Historia del Arte, 35) y Carot, Hers, *op. cit.*

cronológica equivocada: “...corresponde sin duda a la cultura tarasca, quizá en el último de sus aspectos, pues algunas vasijas muestran facturas de extraordinaria elaboración”,¹² según la lógica de un modelo evolucionista de que lo mejor hecho debía ser reciente. En realidad, lo “mejor hecho” es lo más antiguo: en efecto, gracias a los trabajos en Loma Alta, comprobamos que dicha cerámica no data de la cultura tarasca tardía a la cual se refiere Caso, sea el Posclásico tardío, sino que pertenece a las primeras fases de la recién definida tradición Loma Alta (fase Loma Alta 1-2, 100 a.c.- 250 d.c.), unos 1000 años más antigua.

Lo que sigue era lo único conocido desde siempre, la época del imperio tarasco interrumpido abruptamente con la llegada de los conquistadores en 1522 en lo que fuera su última capital, Tzintzuntzan. En nuestro relato, corresponde al tercer episodio de la migración con la llegada, por fin, a la cuenca de Pátzcuaro bajo el mando de *Tariacuri*, el héroe por excelencia, y la consolidación del imperio, mismo que rivalizará con el imperio mexica cuando antes, tal como lo dicen las fuentes, habían sido hermanos en el camino de regreso, trayendo consigo las mismas imágenes norteñas como el *Chac-Mool*, el uso del *tzompantli* y la práctica del sacrificio humano que lo acompaña, y –lo que les hiciera pasar por “salvajes chichimecas”–, el uso del arco y de las flechas, mismo que habían heredado de sus contactos con los antiguos pueblos del suroeste de los Estados-Unidos.¹³

Tumbas de tiro: *colección Museo Tlallan*

Verónica Hernández Díaz
UNAM

La vigencia del pasado

A lo largo de varias generaciones los habitantes de la región del Volcán de Tequila, en el altiplano central jalisciense, han convivido directamente con vestigios de su pasado precolombino; numerosas piezas les han salido al paso al preparar la cosecha, al abrir pozos de agua, al excavar fosas para los cimientos de sus casas. Producto de estos encuentros, a veces fortuitos, en ocasiones buscados para comerciar los objetos, son la conformación de colecciones privadas que, para nuestra fortuna, poco a poco han ido integrando pequeños museos municipales. Uno de ellos es el Museo Arqueológico Tlallan, localizado en Tala, Jalisco. Se trata de un espacio pequeño con apenas cuatro salas de exhibición y una colección que para algunos podría resultar modesta. No obstante, aquí se resguardan piezas únicas de gran valor. Obras de arte profundamente enraizadas en su comunidad que nos permiten atisbar ese mundo antiguo del que todavía conocemos poco, pero con el que podemos establecer lazos de afinidad.

De manera preponderante, se trata del arte cerámico de la llamada cultura de tumbas de tiro. Ésta se desarrolló entre el 300 a.C. y el 600 de nuestra era, en los actuales territorios de Jalisco, Colima, la mitad meridional de Nayarit y el suroeste de Zacatecas.¹ De sus portadores ignoramos su filiación étnica, las lenguas que hablaban

1. En la identificación y el conocimiento de esta cultura son fundamentales los trabajos arqueológicos de Isabel Kelly. En el estudio formal de su arte cerámico sobresalen los de Hasso von Winning.

y cuál fue su destino después del colapso de la cultura. Lo que sí sabemos es que este pueblo nos legó a través del arte un retrato de sí mismo. Su escultura singular nos comunica hondas preocupaciones acerca de la vida y la muerte. No se trata, como en el caso de las culturas maya y mexica, de imágenes de seres sobrenaturales, de dioses lejanos o de figuras cargadoras de atributos. Las obras que nos heredaron estos antiguos pobladores del Occidente mesoamericano son, por el contrario, los testimonios artísticos más humanos del pasado precolombino de México (fig. 1).



Figura 1.

El acervo del Museo

El día 14 de agosto de 1999 fue inaugurado el Museo Arqueológico Tlallan, en la Casa de Cultura de Tala. Exhibe el legado del profesor José Guadalupe Romero, además de las piezas que poco a poco se han incorporado como donaciones. Está bajo el cuidado de la Fundación Tlallan, A. C. y del Ayuntamiento de Tala, y fue creado con el apoyo de éste y de la Secretaría de Cultura del Gobierno de Jalisco a través de la Dirección General de Patrimonio Cultural.

La realización de este museo es un hecho de especial relevancia, dadas las condiciones presentes en la región. Sobre el antiguo Occidente han predominado discursos

reduccionistas que infieren su marginalidad y “rezago cultural” en comparación con las sociedades que habitaron el Centro y el Sureste mesoamericano. Y por lo menos desde fines del siglo XIX la región ha sufrido un intenso y prolongado saqueo, así como la destrucción de su patrimonio. De modo paralelo, los rasgos originales de la cultura de tumbas de tiro se han evaluado bajo prejuicios y criterios evolucionistas. Es así que, a lo largo del tiempo, resalta un desinterés institucional y académico en llevar a cabo proyectos de investigación y preservación.

A lo largo de 20 años el profesor Romero se hizo de objetos que no interesaban a los saqueadores y a los coleccionistas mayores. Son, principalmente, esculturas de pequeño formato y vasijas, en ocasiones incompletas o con restos de pintura. Por sus rasgos peculiares, el conjunto constituye una fuente importante para los estudiosos, pues amplía el panorama conocido de la producción artística de la cultura de tumbas de tiro, hasta ahora definida a partir del gusto de los grandes coleccionistas, quienes prefieren las esculturas de dimensiones mayores.

Otra cualidad radica en la alta probabilidad de que las piezas sean originarias, en efecto, del área de Tala. En la gran mayoría de los museos, como el Regional en Guadalajara, o el Nacional de Antropología en la ciudad de México, es común que los objetos de la cultura de tumbas de tiro no procedan de excavaciones controladas, sino de múltiples decomisos de saqueos y donaciones de colecciones privadas. De ahí que se desconozca el origen específico de las obras y por tanto se pierda precisión en la definición de sus contextos y distribución geográfica.

Otros de los materiales que el visitante puede apreciar son las piezas de concha, obsidiana y piedra. En el guión museográfico participa material gráfico y pictórico y la reconstrucción hipotética de una tumba de tiro y su contenido.²

Los testimonios históricos del arte

La cultura de tumbas de tiro es contemporánea a Teotihuacan y a los zapotecos de Monte Albán. Los

2. Por lo demás, son pocas las obras que datan de tiempos posteriores al desarrollo del pueblo de las tumbas de tiro, entre ellos sobresalen las vasijas pintadas con una técnica semejante al *cloisonné*.

avances en su conocimiento no responden a preguntas tales como su interacción con otras culturas, su relación con la naturaleza, ni acerca de eventos especiales y de la vida cotidiana. Por fortuna, como evidencias magistrales de esta sociedad, permanecen objetos que nos revelan la sensibilidad, el modo de ver y conceptualizar el mundo, su transcurrir y la conciencia que de sí mismos tenían los individuos: son las obras de arte.

Dentro del panorama mesoamericano la cultura de tumbas de tiro se distingue por la originalidad de sus expresiones artísticas, en especial la arquitectura funeraria subterránea, la arquitectura de superficie de tipo circular y concéntrico, y la cerámica en la forma de esculturas y vasijas.

La mayor parte de las piezas de la colección del Museo Tlallan proviene de tumbas de tiro (fig. 2). En éstas,



Figura 2.

3. En Mesoamérica este tipo de arquitectura dedicada a los muertos es casi exclusiva del Occidente; en otras regiones sólo hay casos aislados. En tanto, sí es abundante en Sudamérica —en Colombia, Ecuador y Perú—, lo cual apunta las antiguas relaciones a larga distancia y por vía marítima que se establecieron entre ambas zonas.

4. Phil C. Weigand. *La evolución y ocaso de un núcleo de civilización: la tradición Teuchitlán y la arqueología de Jalisco*. Guadalajara: Secretaría de Cultura del Gobierno de Jalisco, 1996 (Serie Antropología en Jalisco. Una visión actual, 1-2), p. 16.

la actividad arquitectónica consistió en desbastar el tepetate, una capa de consistencia pétreo, para crear los espacios donde se alojaría a los difuntos. En términos básicos, una tumba de tiro consiste en un pozo o tiro vertical que en su fondo se comunica con una o varias cámaras mortuorias.³ Las dimensiones y las formas de los tiros y las cámaras varían, oscilando entre adusta sencillez y compleja monumentalidad. En Jalisco se han encontrado las más profundas y con los diseños más elaborados. Precisamente en San Juan de los Arcos, municipio de Tala, se registró una cuyo tiro se hunde en la tierra 22 m y constituye hasta el momento la más profunda que se conoce.⁴

Los muertos eran ofrendados con diversos objetos, cuya cantidad y calidad dependía de su jerarquía. Predominan las vasijas y las esculturas de barro, también hay ornamentos de concha, así como caracoles y objetos de piedra –como pendientes y metates–, de obsidiana –puntas, cuchillos, navajas, pendientes figurativos, espejos– y de hueso.

Guachimontón es el nombre de los conjuntos ceremoniales de superficie de esta cultura.⁵ Su configuración circular y concéntrica es única. En contraste con las construcciones de planta ortogonal típicas de Mesoamérica, se componen de un edificio escalonado de planta circular, rodeado por un patio anular, a su vez bordeado por una plataforma circular donde se yerguen edificios de planta rectangular. En la actualidad, el mayor complejo ceremonial registrado de este tipo se ubica en el municipio de Teuchitlán, Jalisco.⁶ Es común que varios de ellos estén asociados y que además integren canchas de juego de pelota. En cerámica, ambos tipos arquitectónicos fueron modelados en “maquetas”, cuyo estilo artístico es propio de Ixtlán del Río, Nayarit. En ellas reposan y transitan gran cantidad de figuras humanas y animales; con notable dinamismo fueron recreadas escenas de juego de pelota y de “palo volador” que en otras culturas sólo se figuraron de modo bidimensional en pintura, grabado y relieve. En el Museo es posible admirar algunas reproducciones de este tipo de modelos arquitectónicos.

Pero de manera principal, la colección resguarda originales obras escultóricas y vasijas pintadas. Proceden de la ciudad de Tala y de sitios aledaños, como San Juan de los Arcos, El Refugio, Cuisillos y Potrero de los Patos.

Mujeres y hombres de barro

El arte cerámico da constancia de los numerosos estilos artísticos regionales que se gestaron a lo largo del territorio de tumbas de tiro. El barro fue el material privilegiado por esta cultura para expresar con formas plásticas su sensibilidad y cosmovisión. Como en ningún

5. Hasta hace poco tiempo, todo lo que se conocía de esta cultura procedía exclusivamente de contextos funerarios. Apenas comenzamos a tener nociones de los vestigios que nos informan del ámbito de los vivos, los cuales se inscriben en la llamada “tradición Teuchitlán”. A partir de 1969, en el altiplano lacustre jalisciense el antropólogo Phil C. Weigand y su esposa, la historiadora de arte Acelia García, iniciaron el descubrimiento de zonas ceremoniales con arquitectura de superficie, áreas habitacionales y de explotación de recursos, en asociación con las evidencias de tumbas de tiro.
6. Fuera de la zona circundante del volcán de Tequila, los guachimontones se encuentran en el norte jalisciense, en la zona del Cañón de Bolaños, así como en algunos sitios de Nayarit y de Colima, y fuera de la región de la cultura de tumbas de tiro, en Guanajuato: Weigand, *op. cit.*, pp. 24, 25.

otro pueblo del México antiguo, los artistas del Occidente reinventaron con notable creatividad el cuerpo humano (fig. 3). Animales, vegetales, objetos y arquitectura se modelaron también. Dichas esculturas son figuras huecas y sólidas, que van de unos cuantos centímetros de altura hasta las que superan un metro. Algunas representaciones escultóricas son también vasijas: el cuerpo sirve como recipiente o se adhiere a la forma de una olla (fig. 4). Las diferencias entre los estilos se perciben en los tipos de pastas, técnicas, sistema de proporciones, rasgos formales y temas figurados.

El Museo Tlallan alberga excelentes ejemplos de estilos jaliscienses. Uno de ellos es representativo de Tala y recibe el nombre de *Tala-Tonalá* (fig. 5) a partir de que en esta zona aparece con mayor frecuencia. Son figuras rojas con detalles pintados de blanco. Llamen la atención sus prolongadas cabezas que terminan en formas tableadas y la proyección de sus puntiagudas narices; su actitud es vivaz y en algunas se miran sonrisas; la aparente expresividad de diversos estados de ánimo es otra característica de estas obras artísticas. Incluso se advierten intenciones caricaturescas que, sin atender proporciones anatómicas y exagerando ciertos rasgos, enfatizan la vivacidad de las figuras.

En la segunda sala hay un conjunto de esculturas femeninas. En especial abundan las del estilo Ameca-Etztatlán, cuya presencia sobresale en Jalisco. En esta modalidad las mujeres se disponen de pie, sentadas, abrazando infantes, sosteniendo pequeñas vasijas en el regazo o sobre un hombro, realizando gestos y ademanes particulares (fig. 6). Entre las posturas femeninas típicas está la sedente con las piernas dobladas hacia un lado o hacia atrás, tocar con una mano la zona del cuello o una mejilla, levantar los brazos a los lados o al frente, mostrando las palmas. No sabemos con precisión lo que expresan, no obstante resulta claro que hay formas femeninas y masculinas de ser, estar y hacer. Se trata de un código visual aún sin descifrar.

Las mujeres se miran desnudas, algunas sólo llevan falda; la pintura que las cubría casi ha desaparecido, tal



Figura 3.



Figura 4.



Figura 5.



Figura 6.

como espirales en los senos. El conocimiento que los artistas alfareros tenían de la anatomía es evidente. Predomina el modelado de formas curvas y de siluetas redondeadas; a partir de ello, aún los cuerpos planos, vistos de frente, muestran sensual naturalismo (fig. 7a y 7b).

Las figuras masculinas también son numerosas. En la primera sala hay un ejemplo de gran formato que, aún incompleto, transmite la jerarquía de un gran señor por su factura sobria (fig. 8). Se dispone erguido y sentado, con las manos sobre las rodillas y la cabeza dirigida al frente. Casi en su totalidad está pintado de rojo, guarda la mitad superior del rostro en crema, y conserva restos de negro en ciertas zonas (como pintura facial y en las pupilas). En la cara sobresalen las cejas y los ojos con los párpados relevados, la nariz es larga y delgada, los labios figurados y entreabiertos dejan ver parte de la dentadura. Llama la atención el cuidadoso detalle en la cabeza y el rostro, en oposición a la síntesis del cuerpo: los pies y las manos apenas están sugeridos. Esta fue la intención del artista, puso énfasis en modelar la postura erguida, los rasgos faciales y el tocado; ello bastó para lograr el carácter distinguido del personaje. Ajeno al espacio mortuario al que estaba destinado originalmente, se trata de un ser humano de permanente expresión vital.



Figura 7a.



Figura 7b.



Figura 8.

Otras esculturas de hombres se aprecian en la sala dos. Son de menor tamaño, mas tienen el mismo criterio de modelado: el interés visual recae en la cabeza y en la postura corporal. Algunos realizan acciones específicas, como tocar tambores. Otras actividades masculinas son la guerra y el juego de pelota, de ahí la indumentaria que llevan los llamados “guerreros” que se encuentran en la primera sala. Los protege un casco –con cresta o bicornes–

y una “armadura” cilíndrica que cubre sólo el torso y deja las extremidades libres. Sostienen algo parecido a una lanza (fig. 9).



Figura 9.

Cabe interpretar estas obras como retratos de los muertos, retratos que en su mayor parte no tenían el propósito de reproducir rasgos físicos individuales, sino generales, como la cabeza con deformación tabular erecta, vejez, juventud, madurez, embarazo. En estas referencias físicas domina el estereotipo y en ello se percibe un afán simbólico. Pueden considerarse como retratos de tipo moral que plasmaron en barro hechos particulares de los difuntos, ya sea que en realidad hayan ocurrido o no, pero que era esencial confinarlos en el ámbito sepulcral. Hechos como maternidad o actividades de guerra ponían de manifiesto su desempeño adecuado en la comunidad.⁷

En los distintos estilos y a lo largo de siglos se siguieron estereotipos; es decir, son obras de carácter convencional. Los artistas se basaron en modelos específicos de representación, los cuales a su vez expresaban información también específica: formas y significados son indisolubles en el arte. No alcanzamos a comprenderlas en su totalidad, pero es posible afirmar que comunicaban datos particulares sobre los muertos a quienes estaban dedicadas las esculturas. Lo anterior se

7. Verónica Hernández Díaz. “La imagen secular de lo religioso: arte de la cultura de tumbas de tiro, la región Teuchitlán”. María Teresa Uriarte y Leticia Staines (eds.). *Acercarse y mirar*. Homenaje a Beatriz de la Fuente. México: UNAM, 2004, pp. 329-353.

revela en los tocados, indumentaria, ornamentos, ademanes, posturas, actividades, figuras y objetos asociados, los cuales exhiben relación directa con percepciones de género. En términos más amplios, se advierte un lenguaje figurativo en intrínseca unión con las creencias religiosas de esta sociedad acerca de la “vida” en el inframundo, la relación cotidiana entre la muerte y la vida y el orden general del universo. Estamos ante obras artísticas que con seguridad fueron sagradas para sus realizadores.⁸

Mujeres y hombres se miran ejecutando acciones varias o simplemente de pie o sentados, en posturas estáticas, con rostros de expresión atemporal (fig. 10). Es

8. *Idem.*



Figura 10.

posible plantear que las cualidades vitales del cuerpo se conferían a las esculturas, y así perpetuarían aspectos finitos, como la carne y la misma vitalidad. En este afán por rechazar la muerte y negar el término de la existencia humana, el material que les da forma, el barro, adquiere un papel fundamental. En general se asocia con utensilios de la vida cotidiana y se considera humilde. Mas entre los constructores de las tumbas de tiro tuvo importancia radical. Los objetos de barro son los que predominan en las ofrendas mortuorias. Representan una dualidad de vida y muerte, de lo finito y de lo infinito, de la corporeidad y

la desintegración de los muertos. Los difuntos fueron colocados en las entrañas de la tierra, en tumbas cuya forma remite a una matriz. La tierra, considerada dentro del mundo mesoamericano como lugar de origen y de creación, se concibe como una madre, en este caso, que recibe a los muertos, quienes retornan a su origen. Y es la tierra misma, es decir el barro, la que otorga inmortalidad a los individuos, pues con arcilla se figuraron estas esculturas de mujeres y hombres vivos que datan de hace más de 1500 años y que ahora nos exhiben su sagrada eternidad, antes confinada al espacio sepulcral.

Los diseños del cosmos

De igual modo, en el Museo Tlallan son notables las vasijas por su prodigiosa calidad, tanto en el modelado y pulimento como en el trazo de líneas y formas pintadas. La pasta gris y los colores rojo sobre crema permiten asociar gran número de ejemplares con el estilo Ameca-Etzatlán.⁹ Además de la sobreposición se emplearon otras técnicas pictóricas, como el negativo y el falso negativo. Entre las formas de los recipientes sobresalen los cajetes y los cuencos, en especial los que están pintados con imágenes en la superficie exterior y en algunos casos en el interior. En un estudio reciente, interpreto tales obras como cosmogramas o representaciones gráficas de la manera como esta sociedad entendía el orden espacial del universo.¹⁰

La composición básica divide el espacio en cuatro secciones, a manera de equis (X), en ocasiones también se delimita la zona central (fig. 11). El diseño plasma los 4 rumbos cardinales más un centro, contenidos dentro de un orden-espacio circular, claramente indicado por la forma del contorno de la vasija. A su vez, en ciertos ejemplares, su cuerpo semiesférico dispone en niveles horizontales los ámbitos celeste, terrestre e inframundano, a ellos corresponden los motivos ubicados en cada nivel. Así, es común que en el inferior se miren líneas curvas que nos recuerdan la naturaleza acuática del submundo.

9. Se ha propuesto una subdivisión de los tipos cerámicos de las vasijas en Christopher Beekman y Phil C. Weigand. *La cerámica arqueológica de la tradición Teuchitlán, Jalisco*. Zamora: El Colegio de Michoacán-Secretaría de Cultura de Jalisco, 2000.

10. Hernández Díaz. *El arte de los muertos y el espacio de los vivos...*



Figura 11.

Es posible que los colores rojo y crema simbolicen una dualidad, una oposición complementaria de pares contrarios (masculino-femenino, día-noche, húmedo-seco, caliente-frío, celeste-inframudo), de elementos que, distintos pero unidos, permitían la existencia, conferían orden y movimiento al cosmos. Así, en las vasijas con imágenes más elaboradas, los apéndices que se desprenden del centro adquieren dinamismo, las líneas indican movimiento hacia el centro y a un lado, promoviendo un orden continuo¹¹ (fig. 12).



Figura 12.

11. Verónica Hernández Díaz, "Muerte y vida: la cultura de los constructores de tumbas de tiro y de arquitectura de planta circular". *Miradas renovadas al Occidente mesoamericano*. México: UNAM (en prensa).



Figura 13.

Una vasija excepcional repite la composición de “x” tanto en la división cuatripartita principal (formada por el entrecruce de dos bandas cuadrículadas), como en cada una de las cuatro secciones, en las cuales se presenta como rombos concéntricos (fig. 13). En la cultura huichol, este diseño se llama *tsikuri*, y es comúnmente conocido como “ojo de dios”. Para los huicholes el *tsikuri* es un mapa reducido de su geografía mítica y ritual que sintetiza su idea de los cinco rumbos del universo: los cuatro puntos cardinales y el centro. Es una figura del equilibrio cósmico y el medio o camino para transportarse al cielo. Aún cuando el pasado antiguo del pueblo huichol es desconocido y no se ha identificado relación histórica directa entre la cultura que desarrolló los complejos de tumbas de tiro y de guachimontones, resultan interesantes las analogías, pues son vías que seguir para ahondar en el conocimiento de estos pueblos.

De esta misma vasija conviene extender algunas interpretaciones. Las áreas cuadrículadas dentro del ámbito mesoamericano se conciben como la superficie de la tierra. Y el diseño que consta de un punto rodeado por un círculo de puntos, recuerda a la planta circular

y concéntrica de los guachimontones; en el contexto donde se mira pintado tiene la apariencia de formas celestes distribuidas en el universo donde se halla nuestro mundo. En este sentido, la configuración de los guachimontones reproduciría la imagen de cierta organización cósmica, tal como lo pensaba la sociedad de la cultura de tumbas de tiro.¹²

Reflexiones finales

El arte ocupa un lugar central en cualquier sociedad, al ser una de las expresiones máximas de los seres humanos. En estas formas pintadas, en las modeladas en barro, en las cavadas en el subsuelo y en los volúmenes construidos al nivel de la superficie, los antiguos pobladores de la región de Tala plasmaron conceptos fundamentales del pueblo de las tumbas de tiro. El análisis de la imagen, como parte central de la perspectiva de la historia del arte, contribuye de modo importante en el conocimiento de esta cultura.

El Museo Arqueológico Tlallan tiene como objetivo dar a conocer el pasado antiguo de la zona a través de los objetos, en especial de las obras de arte. Son fuentes primordiales de información que a más de 1500 años de haber sido creadas, continúan comunicando con singular elocuencia y nos descubren una cultura original dentro del panorama del México precolombino.

12. Hernández Díaz, "La imagen secular...", pp. 352.

Valle de Tequila: tiempo, dioses y orden social

Eric Orlando Cach Avendaño
Universidad de Guadalajara

En este artículo pretendo hacer una revisión de la forma en que el Valle de Tequila se presenta con los datos de la investigación arqueológica moderna. Deseo destacar que un argumento central será el de la naturaleza de los cambios observados en la transformación de las sociedades regionales del Valle de Tequila al pasar de los estados incipientes a los estados coercitivos. Dos son las posibilidades que se pueden entrever, por un lado, la llegada de grupos invasores con ideas nuevas que modifican radicalmente el paisaje social existente en el Valle de Tequila; por otro parte, la idea de que los cambios observados se corresponden con una transformación social de tales dimensiones que debió representar una auténtica revolución.

Los grupos invasores son una idea atractiva que ha estimulado el imaginario de estudiosos y profanos. Pero además, muchos de estos supuestos grupos se conciben provenientes de centros civilizatorios como Teotihuacan y Tula, que irradian civilización a los más recónditos lugares de Mesoamérica. Desde esta perspectiva, los grupos locales sobrevivientes al declive de la tradición Teuchitlán fueron asimilados a la cultura de élites colonizadoras provenientes de otros núcleos de Mesoamérica.

En este artículo sostendré la idea de las variantes culturales regionales de tradición mesoamericana. Es decir, las sociedades asentadas en el Valle de Tequila adaptan a su economía local ideologías de corte

mesoamericano que tiene expresiones específicas en la arquitectura, el arte, etc. y ello se refleja en el orden social (tipos de organización social: jefatura, cacicazgo, estado segmentario, etc.), en el sistema de creencias (tipos de deidades representadas en las diferentes tradiciones culturales) y en el uso del tiempo y el espacio de los sitios del Valle de Tequila (lo cual trasluce la adscripción de estos grupos sociales a una cosmovisión mesoamericana), y que al declive de los sitios de la Tradición Teuchitlán lo que hubo fue una gran transformación social y cultural, que probablemente se fundamentó en explicar el agotamiento social en términos religiosos, exigiendo el abandono de las antiguas creencias por otras nuevas.

Este posible movimiento iconoclasta borra los sistemas de creencias de la tradición Teuchitlán y explica la razón de las variantes existentes en sitios vecinos en los valles de Tequila y Atemajac durante el clásico: cada asentamiento se adhiere a los conceptos manejados por las dinastías locales. Y ello debe ir aparejado a la creciente fuerza y poder de cada “señorío”, y marca el surgimiento de estados coercitivos en la región, aplicándose de nueva cuenta los conceptos derivados de las ideas de orden social, religión, tiempo y uso del espacio en la cultura material. Para ejemplificar estas ideas utilizaré algunos de los resultados de excavación de mi participación en el proyecto Guachimontones de Phil C. Weigand y los primeros resultados de la excavación a mi cargo en el sitio del “Tecpan de Ocomo” en Oconahua. Resumiendo, creo que el panorama de la evolución social de El Valle de Tequila puede esquematizarse de la siguiente manera:

1. Existen cultivadores superiores en el Valle de Tequila que desarrollan tecnologías que permiten ampliar la producción de alimentos y aumentar la densidad demográfica. Estos asentamientos inician con una división del trabajo y crean condiciones sociales distintas al contar con excedentes de alimentos y de

tiempo. Esto preconfigura al formativo temprano en la región, pues estos eventos son anteriores al 1500 a.c.

2. En el formativo temprano existen ya los asentamientos complejos de la tradición Teuchitlán, que seguramente emplean una arquitectura circular basada en barro, madera y bajareque, construyen tumbas de tiro monumentales y tienen una economía lo suficientemente fuerte para contar con excedentes alimenticios y fomentar el intercambio comercial. La especialización en el trabajo debe incluir la explotación de yacimientos minerales en la zona.

3. Después del año 400 a. C. y durante la Fase San Felipe, surge la Tradición Teuchitlán como tal y los círculos ceremoniales se convierten en monumentales y con arquitectura de piedra. Aun cuando esta época marca el declive de las tumbas de tiro, éstas existen aún en el imaginario de los miembros de esta sociedad y se construyen con fines rituales de adscripción política. Tal es el caso de las tumbas del Altar Seis de los Guachimontones, construidas entre el 110 y el 40 a. C. En este altar se encuentra una buena colección de deidades e ideas que representan el sustrato ideológico de esta sociedad.

4. Al declive de la Tradición Teuchitlán, surgen diversos sitios que abandonan la arquitectura circular y adoptan estilos que se relacionan más con la Mesoamérica clásica. Hasta el 600 o 700 de nuestra era estos grupos construyen plataformas monumentales (arquitectura en arreglo oblongo) y si bien continúan creyendo en un universo cuatripartita y subterráneo, el ritual funerario evidencia un fuerte cambio al sustituirse el concepto de la tumba de tiro por otra de cámaras cuadrículares, en cuyo interior se depositan las ofrendas funerarias y los difuntos.

5. Hacia el epiclásico y hasta el posclásico temprano (750 al 1000 d. C.) existen “señoríos” del tipo de Oconahua, con administración centralizada, tributación, obras públicas monumentales, intercambio comercial a distancia y uso de la fuerza como argumento coercitivo. Este tipo de asentamiento declinó

quizás hacia mediados del posclásico (año 1200) y quizás este debilitamiento coincide con la contracción de la frontera mesoamericana desde tierras zacatecanas.

6. Estas dos etapas, la de los estados segmentarios (hasta el 200 de nuestra era) y la de los estados coercitivos (hasta el contacto con los europeos), reflejan sus ideas del orden social, religioso y del tiempo-espacio en su cultura material, que incluye arquitectura, artes plásticas, etc. Veamos el caso de la Tradición Teuchitlán y específicamente el Altar Seis de Los Guachimontones.

A partir de sus estudios en la región desde 1972, Phil C. Weigand, investigador de El Colegio de Michoacán, postula varias características propias de la Tradición Teuchitlán, de las cuales me interesa destacar cuatro:

1. Un área nuclear de desarrollo, delimitada básicamente por las fronteras naturales del Valle de Tequila cuyos pasos a otras zonas fueron fortificados por los habitantes del valle.¹

2. Un sistema de asentamientos cuyos centros tenían un peculiar estilo arquitectónico monumental basado en edificios circulares. Estos conjuntos circulares pueden estar integrados entre sí y con juegos de pelota, como sucede en el caso del sistema dual de Los Guachimontones-Loma Alta. Asociados a estos edificios monumentales se encuentran en contadas ocasiones tumbas monumentales y submonumentales del estilo llamado “tumba de tiro”.²

3. Una economía basada en la agricultura intensiva, de tipo hidráulica basada en el sistema de chinampas lacustres, en las cuales se explotaba un complejo de cultivo de amaranto-calabaza-maíz. Explotación de yacimientos volcánicos de obsidiana, cuyas fuentes principales de explotación se ubican en los sitios Teuchitlán-La Mora, La Joya, Magdalena y San Marcos. A esto hay que agregar el comercio a larga distancia de objetos de consumo y de prestigio, intercambiados con áreas tan lejanas como el suroeste

1. Phil C. Weigand y Christopher Beekman. “La tradición Teuchitlán: surgimiento de una sociedad parecida al estado”. *El antiguo Occidente de México, arte y arqueología de un pasado desconocido*. Richard F. Townsend (ed. gral.), Carlos Eduardo Gutiérrez Arce (ed. en español). Trad. de Eduardo Williams. 2ª. ed. Guadalajara: Secretaría de Cultura del Gobierno de Jalisco, 2000, pp. 46 y 48.

2. Véase Phil C. Weigand. “La Tradición Teuchitlán”. *Evolución de una civilización prehispánica*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 1993; también Weigand y Beekman. *cit. supra*.

3. Weigand. *Evolución de una civilización...*

4. Weigand y Beekman, *op. cit.*, p. 52

5. Este edificio lo exploré de 2003 a 2004, conteniendo un rico depósito de ofrendas, tumbas de tiro y de lajas en el interior del altar central y del patio circular adyacente.

norteamericano (ejemplo de ello es el intercambio de turquesa).³

4. Una organización social basada en el estado segmentario, definido como un sistema cuyo núcleo es un centro compacto y tiene un área de influencia; se basa más en la hegemonía ritual que en el poder político real.⁴

En estos cuatro puntos podemos apreciar un continuo cultural que comprende un eje región-cultura material-economía-organización social, de los cuales podemos desglosar relaciones étnicas, reproducción doméstica, intercambios comerciales basados en el plus-producto, relaciones políticas y la producción simbólica relativa a la Tradición Teuchitlán. Podemos ver entonces que los habitantes de los sitios de esta tradición entran a procesos de etnificación al delimitar el área nuclear que habitan y al utilizar símbolos propios de una producción cultural regional, expresados en su arquitectura y rituales comunitarios y funerarios; al hacer esto se contraponen a aquellas sociedades que viven fuera del área nuclear y cuentan con otro guión simbólico.

Como resultado, tenemos una sociedad que conserva sus rasgos regionales pero comparte con las demás regiones mesoamericanas ideas concretas. La sociedad identificada por Weigand como perteneciente a la Tradición Teuchitlán es claramente una sociedad regional mesoamericana que durante su existencia se superpuso a otros grupos en el Occidente de México. En este trabajo, me interesa destacar algunos aspectos de la Tradición Teuchitlán que se pueden profundizar a la luz de la exploración del Altar Seis,⁵ referentes a la pertinencia de ubicar a la Tradición Teuchitlán dentro de una cosmovisión mesoamericana propia de esta época del formativo tardío y el agregar una dimensión política a la hegemonía ritual de esta sociedad encuadrada en un sistema de estado segmentario.

Para caracterizar la cosmovisión mesoamericana de la Tradición Teuchitlán destacamos los siguientes puntos: A) Creencia en un cosmos de ocho direcciones

representadas por los puntos cardinales e intercardinales, asociados a tres planos de la existencia o “cielos”: el inframundo, el plano terrenal y el plano celeste. Este cosmos es circular y cuatripartita. El rumbo más importante en esta orientación es el eje este-oeste. Como veremos mas adelante, el arreglo arquitectónico del Altar Seis refuerza esta creencia. B) Un culto a las “montañas sagradas” pues el arreglo cruciforme de las tumbas del altar central del Altar Seis parece corresponderse con una orientación al volcán de Tequila y el cerro de Ameca. c) Creencia en una deidad primigenia creadora del cosmos y la humanidad. No es claro aún si se trata de una sola deidad o si se trata de una pareja creadora, pero es posible proponer una hipótesis a partir de las figuras encontradas en el Altar Seis. D) Culto a plantas asociadas a la creación de la humanidad, en este caso el maíz, del cual se encontraron restos ofrendados en el altar central del Altar Seis. E) Un sistema calendárico basado en los ciclos de Venus y combinado con el sistema matemático mesoamericano de base veinte. El sistema calendárico se infiere de las fechas de radiocarbono obtenidas de muestras tomadas de los eventos rituales del altar central, y aunque este método puede ser impreciso, es sorprendente que tres de las cuatro fechas de radiocarbono coincidan con años que tuvieron eventos astronómicos relacionados con Venus; la fecha restante tiene un error de solo un año con un evento similar.

La hegemonía ritual destacada por la exploración del Altar Seis refuerza la idea expuesta por Weigand acerca de Los Guachimontones como núcleo de un Estado segmentario. La organización del espacio ritual y habitacional en Los Guachimontones en torno de los edificios circulares de ocho plataformas alrededor de un altar central, sugiere dos posibilidades de uso: por un lado, cada plataforma representa un culto particular que es cuidado por un grupo seleccionado para tal fin por un período determinado, como ocurre en los sistemas de mayordomías modernos; la otra posibilidad

es que cada conjunto circular es cuidado por un grupo emparentado entre sí.

A mi parecer, el carácter de parientes de los habitantes del Altar Seis lo podemos deducir de que las cinco tumbas principales del interior del altar central son de tipo secundario, lo cual implica que los restos son de personas fallecidas con antelación a la construcción del edificio y colocadas ceremonialmente en el sitio. Esto implica, aparte de las nociones de respeto y prestigio otorgados a los personajes allí sepultados, una clara indicación de un culto a los antepasados, lo cual sólo interesa a los parientes vivos, pues esto refuerza su propio prestigio al ser descendientes de personajes respetados o incluso divinizados. Y fuera del Altar, en el patio adyacente, fueron localizadas tumbas de tipo primario, que seguramente son los miembros del grupo de parentesco que rindió homenaje a los sepultados en el altar central; al morir, sus cuerpos fueron colocados en tumbas señaladas con marcadores de laja, para luego poder identificar los sitios de sepultura y homenajearlos en períodos determinados.

A reserva de realizar estudios de osteología y/o genética para determinar el grado de parentesco de los sepultados en el Altar Seis, la posibilidad de que se trate de un grupo de parentesco que deifica a sus antepasados y se legitima de esa manera, refuerza la noción de que se trata de un grupo dinástico que establece su prestigio con base en su linaje (divino), su conocimiento ritual y su alta especialización. La “alta especialización” del grupo del Altar Seis está representada por su conocimiento del mito de la creación, la interpretación de éste y su traducción en una cultura material (manejo de ofrendas en una arquitectura especial) y un elaborado ritual que evidencia un manejo del espacio y el tiempo ceremonial, pues a la dimensión arquitectónica hay que agregar el manejo de un complejo calendario basado en los ciclos de la estrella Venus.

El Altar Seis (véase figura 1), con su altar central y ocho plataformas circundantes, fue planeado como

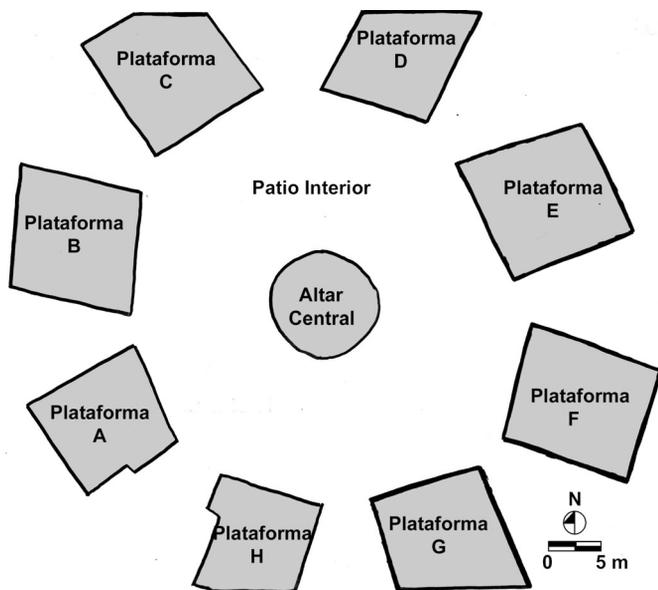


Figura 1. Esquema del Altar Seis con sus componentes principales: altar central, patio interior circular y ocho plataformas en arreglo circular. Las plataformas “A” y “H” tienen un “saliente” que quizás marca el acceso principal al círculo ceremonial (Dibujo de Eric Cach).

tal desde el principio, es decir, hacia el año 111 o 110⁶ a.c. se edificaron las plataformas y altar de arcilla originales; las plataformas tuvieron en su parte superior casas y/o casas-templos construidos como estructuras ligeras de otates recubiertos de aplanados de barro y cubiertos de una capa de pintura. En esa fecha, el altar central fue planeado como una gran tumba ritual con tres cámaras funerarias del tipo “tumba de tiro” y dos entierros de camas de laja, en un conjunto cruciforme orientado a los rumbos cardinales. 30 o 31 años después, en el 80 a.c., fueron colocados dos entierros en los extremos este y oeste del altar y 40 años más tarde se depositó una línea de cuatro ofrendas siguiendo el mismo eje. Este año del 40 a.c. marca el fin de la arquitectura de barro en Los Guachimontones y quizá

6. Las fechas obtenidas por radio carbono para el Altar Seis son de los años 110, 80 y 40 a. C.

7. Es la deidad que Weigand identifica como un proto-Ehecatl de la zona de Teuchitlán; véase el ensayo de Weigand “Ehecatl: ¿primer dios supremo del occidente?” *Origen y desarrollo en el Occidente de México*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 1992.

8. Todos los datos se basan en el ensayo de Daniel Flores G. “Venus y su relación con fechas antiguas”. *Arqueoastronomía y Etnoastronomía en Mesoamérica*. México: UNAM, 1991.

9. El siguiente año marca el reinicio de la cuenta de ocho e inicia con el fenómeno inverso: Venus aparece en enero como “estrella de la mañana”.

el inicio de la arquitectura de piedra que cubrió los edificios antiguos.

El simbolismo del Altar Central es reflejo de la particular cosmovisión de sus habitantes. La parte de las tumbas en cruz, orientadas a los puntos cardinales y abajo del desplante del edificio, señala un plano inferior o subterráneo, circular y cuatripartita. El altar de piedra construido arriba, señala un plano terrenal, propio de la humanidad que lo habita. La parte superior, es representativa del plano celeste, con sus particulares deidades habitándolo, como por ejemplo, el hombre-pájaro⁷ (el especialista que danza arriba de los postes de volador) o la estrella Venus.

Aquí es necesario hacer ciertas observaciones sobre las fechas de radio carbón del altar central. Aunque por lo general es muy difícil que las fechas obtenidas por este método coincidan con monumentos o fechas de los calendarios meso-americanos, es notable que tres de las cuatro fechas propuestas por este análisis se correspondan con años con eventos peculiares de Venus. Los años 80 y 40 a.c. tienen en común que inician (en enero) con la elongación máxima de Venus al este y con la aparición de este astro como “estrella de la tarde”, pero al llegar al fin del año (en diciembre) terminan con la elongación máxima de Venus al oeste y la aparición del astro como “estrella de la mañana”.⁸ Ambas fechas se concatenan por la cuenta del ciclo de ocho años de Venus y el fenómeno referido cierra la cuenta del octavo año.⁹ La fecha de “cuenta larga” más conocida y que se refiere también a un año de cierre de ciclo de ocho años, es la anotada en la estatuilla de Tuxtla, señalando el 162 d.c. como un año con eventos de Venus similar al descrito.

En el caso de la fecha del 110 a.c., la más antigua registrada en el Altar, hay que notar su notable cercanía con un año que marca el fenómeno inverso al que ocurre en los años de “cierre de cuenta”. El año 111 es el del tipo en el que Venus aparece en el inicio de año como “estrella de la mañana” y al final del año termina como “estrella de la tarde”. Es decir, estos años marcan el

inicio de la cuenta de ocho años. La fecha más famosa registrada en “cuenta larga” y que marca este tipo de año, es la de la Estela C de Tres Zapotes del 31 a.C.

Por lo tanto, asumo que el desfase de la fecha obtenida por carbono 14 es de un año en referencia al probable año en que se inició la edificación del altar central del Altar Seis, el 111 a.C., coincidiendo con un inicio de serie de la cuenta de ocho años de la estrella Venus. Este calendario, basado en las revoluciones sinódicas de Venus, es uno ampliamente utilizado en otras áreas mesoamericanas y, al menos en la zona de asentamientos tardíos olmecas del sur de Veracruz, empleado con el sistema llamado de “cuenta larga”. Su posible uso en el edificio de mayor ritualidad en Los Guachimontones, marca la aceptación y empleo de una cosmovisión mesoamericana. El siguiente punto por considerar, es el de los posibles dioses retratados en las figurillas del altar del Altar Seis. Se trata de 27 figurillas que se corresponden al período preclásico, pues fechas de carbono 14 las ubican entre los años 110 al 40 a.C.

Es necesario señalar que tradicionalmente las figurillas de barro mesoamericanas representan por lo general tres situaciones derivadas de los contextos culturales en que fueron originadas: A) Figurillas ofrendadas para propiciar o favorecer un evento, por ejemplo, la lluvia o la fertilidad de la tierra; estas figuras son por lo general representaciones de entidades sobrenaturales que sin ser dioses, favorecen o desfavorecen a los humanos en sus actividades y su presencia en el imaginario social suele ser parte de cultos populares fuera de las religiones formales. B) Figurillas que recrean la actividad cotidiana de los miembros de una sociedad determinada. Generalmente halladas en contextos funerarios, suelen ser retratos de los individuos sepultados en alguna actividad diaria; buenos ejemplos son las figuras de molenderas mayas provenientes de Jaina o los acróbatas de Tlatilco. C) Figurillas que representan deidades y entidades

sobrenaturales que las acompañan. Este tipo de figuras son representaciones estandarizadas de divinidades que cumplen con funciones específicas dentro de una jerarquía que integra un panteón relacionado con una religión institucionalizada. Por ello, podemos encontrarnos a estas divinidades repetidas con iguales atributos y que las hacen inconfundibles.

En este último apartado es donde creo deben inscribirse las figuras provenientes del altar central del Altar Seis. Todas las figurillas encontradas, si bien antropomorfas, contienen atributos fantásticos como brazos cortos –en el caso de la figurilla D C1 (véase figura 2)–; se exageró su obesidad (D E1), narices enormes (D B1) o cabezas tubulares (D G1) o se exageraron bocas y ojos (D A1, D A2, D F1 a F20) lo que da cuenta de su carácter supranatural. Sin embargo, a pesar de ser un retrato realista, el descubrimiento de D E1 en el contexto especial del altar central la coloca como una de las posibles deidades por identificar. (véase, para cada una de las figurillas mencionadas, la figura 3). Entonces partimos del supuesto que las figuras provenientes del altar no son retratos



Figura 2. Deidad procedente de la ofrenda 4 del altar central del Altar Seis, vistas frontal y lateral. Esta pieza se halló fragmentada y aquí se muestra restaurada. (Fotografías del Dr. Phil C. Weigand, a quien agradezco su amabilidad por proporcionármelas).

Figurillas (sin escala)	Descripción de su contexto y breve interpretación
	<p>F P2.- Figurilla proveniente del patio interior oeste del Altar Seis. Perteneció a la última ocupación cultural del sitio, correspondiente a un grupo posclásico que re-ocupó las ruinas de Guachimontón. Figura fálica muy estilizada, se le agregaron senos femeninos, lo que incrementa su simbolismo de fertilidad. 8-10 cm. Alrededor del año 1400 d.c.</p>
	<p>F P1.- Figurilla proveniente del patio interior oeste del Altar Seis. Perteneció a la última ocupación cultural del sitio, correspondiente a un grupo posclásico que re-ocupó las ruinas de Guachimontón. Figurilla femenina con un ceñidor, se resaltaron sus senos como símbolo de fertilidad. 8-10 cm. Alrededor del año 1400 d.c.</p>
	<p>D G1.- Figurilla femenina proveniente de una ofrenda depositada en el patio interior oeste del Altar Seis. Colocada debajo una vasija fragmentada y sobre un lecho de tierra carbonizada. Representa una deidad embarazada, quizá en el momento del parto, sugerido por las manos en la boca. Al igual que las otras dos deidades femeninas tiene un tocado en la cabeza, símbolo de alto estatus. Aunque fuera del altar principal, por el depósito se corresponde a las piezas de la tercera ofrenda del altar. 8-10 cm. Alrededor del año 40 a.c.</p>
	<p>D D1.- Figurilla masculina depositada como ofrenda al norte del altar central. Representa un dios no identificado, gordo, de amplia papada y glúteos prominentes. Asociado a una punta de flecha. 3-5 cm. Alrededor del año 40 a.c.</p>
	<p>D E1.- Figurilla femenina en el momento del parto. Colocada en el sur del altar central del Altar Seis como ofrenda, representa una mujer pariendo, hecho connotado por su posición, por el brazo izquierdo colocado sobre su vientre y su brazo derecho sobre su cabeza, además de los genitales expuestos. 8-10 cm. Alrededor del año 40 a.c.</p>
	<p>D C1.-Figurilla femenina proveniente de la ofrenda 3 del tercer depósito de ofrendas en el altar central del Altar Seis. Totalmente fragmentada de forma ritual, esta figura representa una deidad femenina no identificada, cuyo tocado y posición sedente simbolizan su alto estatus. Su divinidad está representada en sus brazos cortos, lo cual le confiere un sentido supranatural. 20-25 cm. Alrededor del año 40 a.c.</p>
	<p>D B1.- Figurilla masculina proveniente de la ofrenda de la tumba 2 del altar central del Altar Seis. Por el tocado y su posición sedente se sabe su alto estatus. Esta deidad es la única que se puede identificar con seguridad con una deidad de la lluvia. 12-15 cm. Fechado alrededor del año 110 a.c.</p>
	<p>D A1 y A2.- Figurillas masculinas provenientes de un collar ofrendado en la tumba 1 del altar central del Altar Seis. Asociadas a un collar de amazonita que quizás represente gotas de agua, probablemente se trate de deidades menores, ayudantes del señor de la lluvia. 3-5 cm. Alrededor del año 110 a.c.</p>
	<p>D F1 a F20.- Figurillas masculinas provenientes de un collar ofrendado en la tumba 5 del altar central del Altar Seis. Asociados a cuentas de hueso y restos de aves, estas 20 cabezas resaltan la boca y los ojos, dando un aspecto negroide a estas deidades, quizás personificaciones de un período calendárico. De 2 a 5 mm. Alrededor del año 110 a.c.</p>

Figura 3. Descripción de las figurillas provenientes del Altar Seis de los Guachimontones, incluyendo un par de figuras posclásicas provenientes del patio interior. (Dibujos de Eric Cach).

10. Alberto Ruz Lhullier. *El templo de las inscripciones, Palenque*. México: FCE, 1973.

11. Alfredo López Austin. *Cuerpo humano e ideología*. Vol. 1. México: UNAM, 1996.

descriptivos de la cotidianidad campesina, sino retratos de una realidad divinizada, la de los dioses integrantes de un panteón que se agregaron en las ofrendas y rituales funerarios del edificio.

Estas deidades preclásicas constituyen un ejemplo notable de los sistemas de creencias elaborado por los habitantes del Altar Seis. La promesa de resurrección aparece en otros contextos funerarios de Mesoamérica, quizás los más notables provengan de las tumbas de Palenque, donde la iconografía asociada deja entrever tal interpretación.¹⁰ En el caso del altar central del Altar Seis, los antepasados divinizados reciben esta promesa de resurrección a través de deidades pariendo, quizás símbolo de su nuevo estatus en otro plano celeste. La antropomorfización de estas deidades es reflejo de la ideología local que otorga a las deidades características humanas que comparten con atributos sobrenaturales. López Austin señala la ideologización que en torno al cuerpo humano pueden hacer las culturas mesoamericanas y utilizarlos en sus sistemas de creencias.¹¹ Y quisiera resaltar que no podemos perder de vista que una vez que concluyeron la ritualidad y la edificación del altar central, continuaron las ceremonias conmemorativas durante mucho tiempo, pues la existencia de este edificio sirvió a los parientes vivos de los antepasados divinizados para efectuar banquetes rituales, danzas y celebraciones de fuego nuevo que legitimaban su lugar en la sociedad.

Al concluir el apogeo de los rituales en el Altar Seis, seguramente ya se estaban construyendo los edificios monumentales de los principales recintos circulares de Los Guachimontones, los edificios de los círculos 1, 2 y 3 y el gran juego de pelota. Para el año 100 el aspecto del centro ceremonial debió ser muy parecido a como lo conocemos hoy en día, considerando desde luego que hoy vemos una ruina. Luego inició la fase de declive, quizás por razones de la sobreexplotación del medio: deforestación intensiva, agotamiento de los suelos por agricultura intensiva, etc., y ello se acentuó con el ascenso de otras potencias que compitieron por las rutas comerciales y los recursos disponibles. Hoy sabemos que

quizá el ascenso de Teotihuacan como potencia que controló yacimientos de obsidiana y reguló a su favor el comercio inter-mesoamericano pudo contribuir a la crisis final de la Tradición Teuchitlán.

Luego surgen estados del tipo de Oconahua, que sustituyen las viejas ideas y establecen un orden social. Si bien en este momento estoy apenas al inicio de la excavación del edificio principal de Oconahua,¹² es posible adelantar algunos aspectos interesantes. Aunque he sostenido que el edificio debe datar del posclásico y seguramente del posclásico tardío, la cerámica encontrada durante la excavación parece ser más del epiclásico, y la primera ofrenda hallada, consistente en una hoguera donde se carbonizó una olla y fue tapada con una laja, parece corresponderse más al clásico. Esta ofrenda fue colocada al pie de la plataforma oeste del edificio, cerca de la esquina sur. Este carácter temprano del edificio concuerda con las ideas expresadas previamente por Weigand, en una comunicación personal.

En este momento de la exploración, la Plataforma oeste (véase figura 4) cuenta con 37 metros lineales descubiertos del muro interior de cara al patio, y su altura al desplante original llega al metro con diez centímetros. La materia con que fue elaborada es de piedra y cantera labrada, de excelente manufactura, y se ha encontrado la articulación al sur con la plataforma que cierra el acceso al patio. No se ha encontrado el muro exterior, por lo cual no sabemos aún el ancho total de la plataforma. Se han encontrado al menos tres etapas constructivas y el muro expuesto se corresponde al segundo momento, el cual puede datar del clásico tardío o el epiclásico. Como hallazgo significativo, aparte de la ofrenda 1 mencionada, hay una estela sin labrar junto al muro de la plataforma, cerca del extremo norte.

En la plataforma este aparecen cuatro etapas constructivas; la segunda de ellas, representada por un acceso de cantera labrada que muy bien puede ser un edificio del clásico tardío. La última, de pésima técnica constructiva, está asociada a fragmentos de huixtlas rayados, propios del posclásico tardío. La plataforma norte, la de mayor altura y mejor preservada de todo el conjunto, esta programada para

12. Esta exploración se hace gracias a una beca otorgada por FAMSI (Fundación para el Avance de los Estudios Mesoamericanos, con sede en Crystal River, Florida) y un financiamiento del Centro Universitario de Los Lagos, de la Universidad de Guadalajara. Desde luego, tal investigación no sería posible sin el invaluable apoyo y asesoría científica del Dr. Phil C. Weigand, descubridor del sitio e incansable promotor de su preservación e investigación.

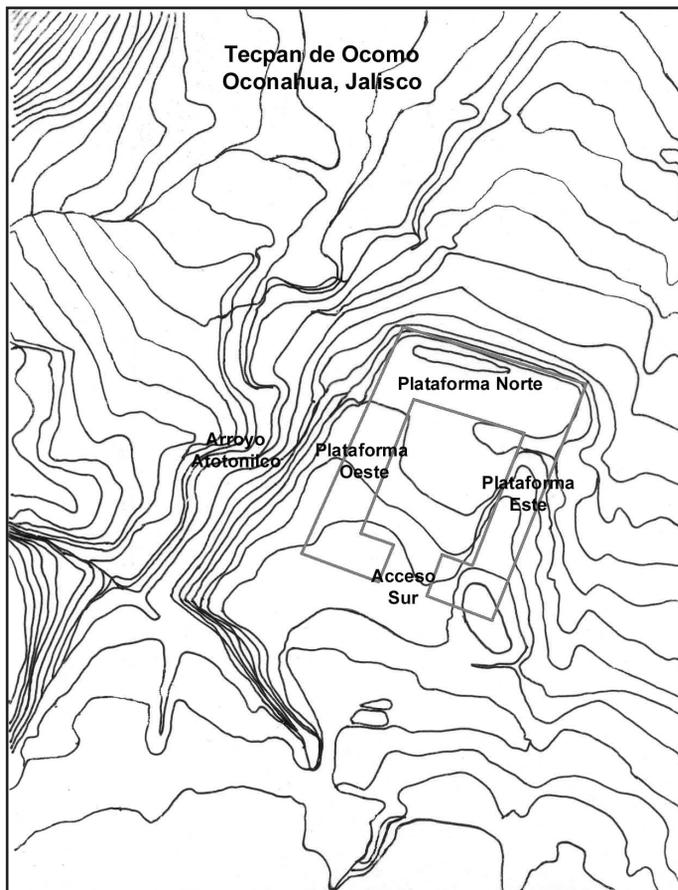


Figura 4. Forma aproximada del Tecpan de Ocomo. Las dimensiones aproximadas son de 125 por 120 metros (dibujo de Eric Cach).

su exploración en las próximas semanas. De este conjunto de hallazgos, podemos inferir que el “Tecpan” de Oconahua tuvo al menos cuatro etapas constructivas, las dos primeras muy elaboradas y de cuidadosa manufactura (lo cual puede evidenciar un control estatal fuerte); una tercera etapa en la cual no se emplea cantera como materia prima, y una última etapa en la cual la técnica constructiva es burda y de mala calidad. (Ampliaciones hechas cuando el poder de Oconahua se diluía). Estas etapas parecen ir del año 600 al 1500

de nuestra era, si bien habrá que esperar las fechas de radio carbón para confirmar tales supuestos.

Asociado a este edificio se han localizado al menos cuatro estelas labradas que fueron saqueadas del lugar. Dos de ellas representan desollados (véase figura 5) que



Figura 5. Estela proveniente del Patio Norte del Tecpan de Ocomo. Representa a una mujer desollada. (Fotografía de Eric Cach)

confirman la idea de la coerción expuesta párrafos anteriores. Y en una aparece representado un gobernante, lo cual confirma esta idea. Significativamente, no hemos hallado aún representaciones de deidades, lo cual puede confirmar el carácter administrativo del edificio, aunque no descarto la existencia de ofrendas de dedicación que me permita entender la cosmovisión de los oconahuenses prehispánicos. El “Tecpan” de Oconahua cierra este breve panorama del desarrollo del Valle de Tequila, con la presencia de un estado fuerte que declina lentamente, pero que logra mantener su identidad hasta el momento del contacto con los españoles. Desde luego, este panorama todavía está incompleto y es necesario continuar las investigaciones para completar el cuadro completo del devenir social del Valle de Tequila.

Próximo número

ESTUDIOS JALISCIENSES

72

Carmen V. Vidaurre

Roberto Montenegro: lo nacional y el modernismo

Estudio centrado en las modalidades que adopta, en la obra plástica de Roberto Montenegro, la influencia del nacionalismo y del internacionalismo en México, como una continuidad relacionada con un cuestionamiento y una preocupación por definir la identidad cultural en el arte mexicano

Palabras clave: Roberto Montenegro, Obra plástica y gráfica Modernismo, Nacionalismo.

Arnulfo Eduardo Velasco

El titiritero de la pintura mexicana: Carlos Orozco Romero

En la historia del arte hay muchos casos de artistas que se encuentran en situación de relativo olvido, a pesar de que su obra tiene un valor indudable. Es el caso del pintor y dibujante Carlos Orozco Romero, quien nació en la ciudad de Guadalajara el 3 de septiembre de 1898.

Palabras Clave: Arte jalisciense, Pintura moderna, Renovación, Olvido.

Marcela Sofía Anaya Wittman

Vicente Pérez Carabias

Presencias de la Bauhaus y L'Esprit Nouveau

El texto propone algunas reflexiones sobre las aportaciones artísticas de la Bauhaus y *L'esprit nouveau* a la arquitectura y arte en Guadalajara, a través de la identificación de los personajes que pudieron traer de Europa dichas propuestas. Se destacan algunos casos de intertextualidad entre la producción artística bauhausiana y algunas obras de factura jalisciense.

Palabras clave: Guadalajara, Arquitectura, Intertextualidad, Arte total.

Nicolás Sergio Ramos

Juan Carlos González Vidal

Relaciones intersemióticas: Palacio municipal y mural Fundación de Guadalajara

Trabajo en el que se analizan las relaciones intersemióticas que se producen entre una obra arquitectónica neocolonial, el edificio del Palacio Municipal de Guadalajara, Jalisco, y el conjunto mural realizado por Gabriel Flores en el mismo edificio, desde la perspectiva de algunas propuestas formuladas por Roland Barthes, Yuri M. Lotman y Umberto Eco, así como del estudio iconográfico de la obra plástica.

Palabras clave: Relaciones intersemióticas, Arquitectura neocolonial, Muralismo jalisciense.

Estrellita García Fernández

La escultura urbana y Mathias Goeritz

La presencia de esculturas urbanas en Guadalajara tiene poco más de un siglo. Las formas y dimensiones de éstas han variado acorde con las corrientes estilísticas y los requerimientos de ornamentación y referencia de los ámbitos urbanos. En este proceso constituye un parte aguas la escultura el "Pájaro Amarillo", realizada por Mathias Goeritz en 1957.

Palabras claves: Mathias Goeritz, Guadalajara, escultura urbana.